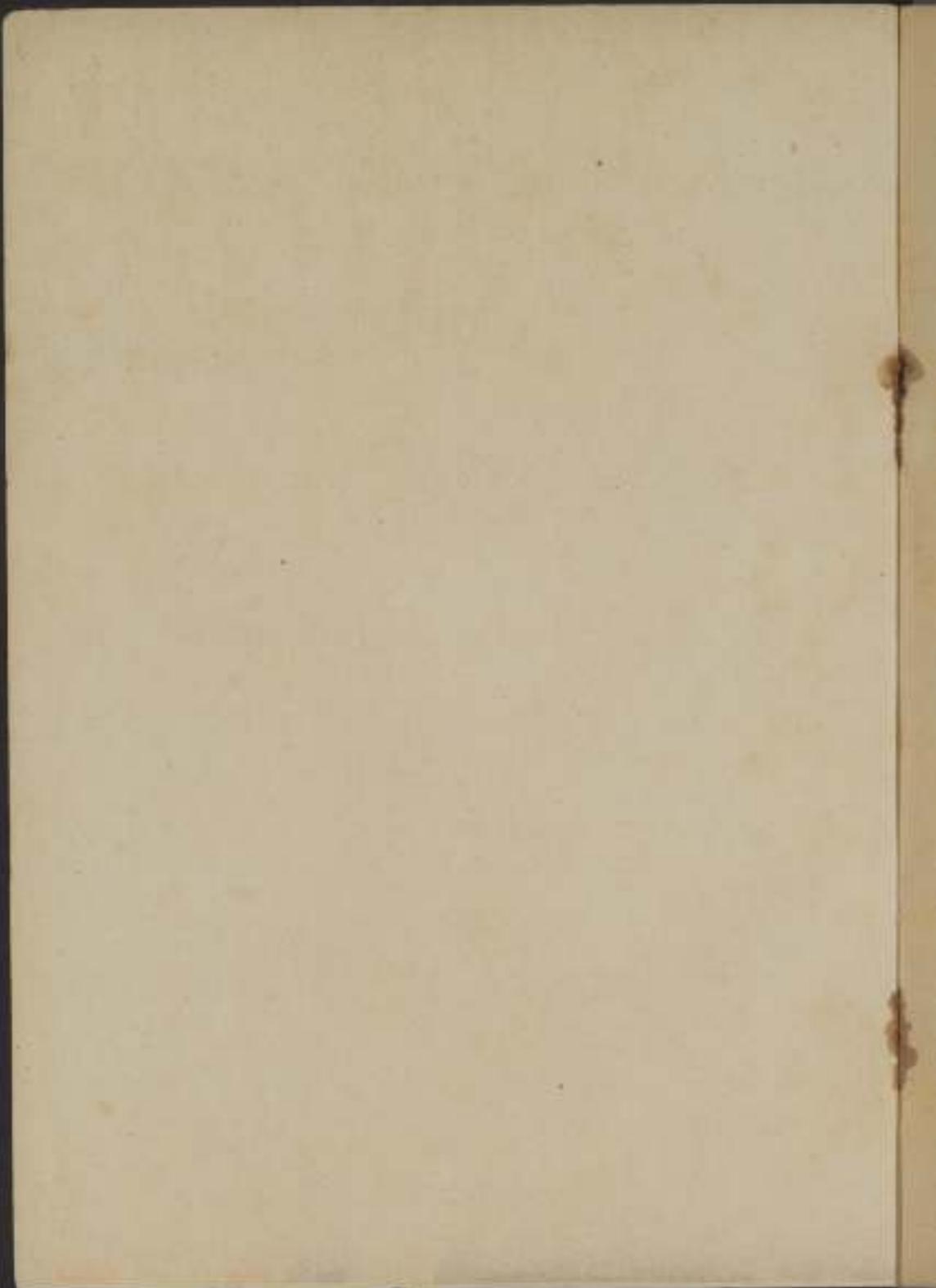


LA ESCUADRILLA *del* PACÍFICO



KENT TAYLOR
RAY MILLAND
WENDY BARRIE







2

LA ESCUADRILLA DEL PACÍFICO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PUBLICACIONES CINEMA
EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Serie Esplendor

Domicilio: Ballón, 154 - Teléfono 75697 - Barcelona

Presenta

LA ESCUADRILLA DEL PACÍFICO

Dirigida por

H. C. POTTER

Productor

CHARLES R. ROGERS

Una Pelicula



Distribuida por

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Casa central: Mallorca, 220 - Teléfono 80035 - BARCELONA

Argumento narrado por

J. CANELLAS CASALS

PRINCIPALES INTERPRETES :

KENT TAYLOR	Gregory Chandler
RAY MILLAND	Teniente Gilchrist
WENDY BARRIE	Laura Curtis
William Gargan	Tte. Jack Furness
Polly Rowles	Rosalinda Furness
Samuel Hinds	Almirante Furness
Margaret Mc. Wade	N. Curtis
Clara Blandick	Evie Curtis
Joyce Compton	Carolina
Louise Beavers	Mammy



LA ESCUADRILLA DEL PACÍFICO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

Llueven maridos

Verdaderamente la vida adquiere una fisonomía de modernidad que encanta al alma y más particularmente la de esos vergeles primorosamente andantes y embriagadoramente fragantes que se conocen en el mundo por el nombre fascinador de «mujer». En el año mil setecientos y pico, por ejemplo, las bellas Evas que se perfumaban con lágrimas vaporosas de Gardenia, se atormentaban el armonioso talle con ballenas y aguardaban al caballero de amor reclinadas en el ventanal de sus llustronas, con grandes ojeras violáceas y románticas alrededor de sus ojos aforados no podían

pasar, respecto a meteoros del cielo, de la esperanza, bien poco luminosa por cierto, de algún que otro chaparrón, espaciadas tormentas de pedrisco, la consabida nevada en invierno y la lluvia casi regular de langostas, que, al convertirse en plaga y asolar los trigales contribuía a fomentar el hambre y, por ende, a favorecer la labor envidiada de los corsés de ballena, algo más arriba aludidos, en reducir el perímetro de la cintura limpiándola de inútiles y feas concreciones de grasa y demás inconvenientes materias conaturales a un exceso de alimentación; y hasta si se nos obliga a una breve gloria de eruditos en fastos de Astrología, añadiremos que no les era negado el espectáculo secular, y éste ya algo más luminoso, de alguna famosa lluvia de es-

trellas. Pero nunca, y esto ni en el más fantástico de los ensueños, se habrían atrevido a imaginar que de las regiones vaporosas, lo mismo de la esfera que de la estratosfera, pudiesen desprenderse flamantes maridos, así como sueña, mozos bisarros y ardientes dispuestos a dejarse atraer por la punta imantada de sus gracias, como el rayo cegador en el punto sensible de los pararrayos, y habrían tachado de alucinados y locos peligrosos a quienes, teniéndose por oráculos, hubiesen asegurado que un par de siglos después sus hermosas nietas habrían de vivir, en realidad viva y palpitante, esta estupenda quimera.

Y, sin embargo, así tenía que ser, o por decir mejor, así es para nuestras Evas coetáneas que se hallan en la envidiada edad de las ilusiones. Parece increíble y es verdad, tan verdad que en el momento más impensado, mientras una niña contempla el cielo con arrobamiento, puede caerle un galán en la azotea, mirarla un instante extasiado, sonreírle, decirle que está loco por ella y, cogiéndola por el brazo, llevarla a la vicaría para consolidar los grilletes.

Como ocurrió a la niña de nuestra historia, a la hermosa y frívola muñeca que vamos a conocer bajo el nombre romántico de Laura, Laurita, como la llamaban sus dos varetudinarias

tías; porque Laurita tenía dos tías... pero, no, no nos adelantemos con tan largos saltos omitiendo la génesis de tan fausto acontecimiento, y procedamos por las partes que habrán de hacérselo más agradable e inteligible.

Aconteció, por una coincidencia realmente providencial, que en el transcurso de los días en que la aviación, compuesta de la flor y nata de la juventud, estaba de maniobras, unas maniobras muy serias en que se empeñaba el honor de dos ejércitos que se fingían enemigos, Laurita celebraba el décimonono año de su nacimiento.

Tenemos entendido, por referencias aproximadamente precisas y fidedignas, que las tales empeñadas maniobras se verificaban desde el dinámico continente americano a las plácidas islas Hawái, y hasta creemos que, tomando una anchura sinceramente admirable, los enormes pajarracos estrepitosos se alargaban en vuelo hasta alcanzar las lejanas y solitarias islas conocidas por «Galápagos». Pero esto no hace al caso y menos al de nuestra Laurita y sus estiradas tías, ya que, dicho sea de tránsito, con galápagos o sapos, no les preocupaban un comino dichas maniobras, como se pondrá colegir por la especie, totalmente fada, que ni tan sólo estaban enteradas de ellas.

Después de haber dicho que Laurita contaba las diecinueve primaveras radiantes de gracia, casi se nos podría excusar de que no fuéramos más prolijos en la descripción de sus encantos. Esta breve y deslumbrante diadema de años puesta en el terso y cálido cuello de cualquier mujer es la gracia suma y simbólica que exalta y rinde; y nuestra joven era precisamente esto: cualquier mujer a los diecinueve años, o lo que equivale: a una ninfa tan bulliciosa y locuaz que era capaz de apoderarse de los panderos con que los Sátiros, Silvanos y Silenos adormecían malignamente a las bellas zagalas campestres y rendirles a ellos a su poder.

Naturalmente, que, como suele ocurrir, en el caso personal de Laurita concurría alguna excepción y ésta era la de que era excesivamente frívola y muy pagada de su belleza; también la envanecía algo más de la cuenta la circunstancia de que al pasar bajo el cuidado tutelar de sus tías, después de haber quedado huérfana, se había plantado a la respetable situación de heredera de una considerable fortuna. Sus queridas tías se lo habían asegurado formalmente, pero bajo la condición, que no se recataban de reiterar con fines altamente pedagógicos según ellas, pero sospechosos de tacañería según nuestro modesto ver y entender,

que mal que se casase y tuviese necesidad de ello no le cabría la herencia de un solo real como no fuese después de la perfecta y total defunción de entrambas.

Hecha esta revelación se comprenderá sin gran esfuerzo que la heroína de la presente narración vivía continuamente rodeada de una corte de fogosos adoradores que aspiraban no tanto a las gracias suyas físicas como a las económicas, disputándosele estrepitosamente. Y usamos este vocablo porque al solicitarlo alguno de los pretendientes, para pareja mientras estaba bailando con otro sucedía, a veces, que se armaba un escándalo, sordo, donde luego, por exigencias de sociedad, pero no por esto menos rabioso y mordaz.

Por todo ello, excusado es decir que en el día de su cumpleaños el sexo que abundase más para festejarlo era el masculino, y que estas escenas de rivalidad entre los distinguidos y apuestos Adanes se sucedían con una continuidad alarmante.

La fiesta, por expresa voluntad y disposición de las tías, era un alarde de riqueza. La amaban tanto a su atijada. Y ésta coqueteaba por los salones con la pompa de una verdadera reina, codeada del enjambre de sus zánganos, de los cuales no hay que extrañarse si contamos hasta veinte.

A su alrededor llovían flores del tono más subido.

—¡Un año esperando este día con la tortura en el corazón! — declaraba uno.

—¿Un año? — preguntaba Laurita, estupefacta, no cayendo en la figura.

—Sí, un año; ¿no recuerda el día en que cumplió los dieciocho? Pues desde entonces ya no he hecho más que esperar el en que cumpliera los diecinueve para poder verme envuelto de nuevo en el halo que irradiaba su hermosura.

—Exagerado...

—Sincero y basta, Laurita, ¿quién es capaz de vivir con sosiego sabiendo que después de este día en que celebra usted su cumpleaños ya no volverá a ofrecer su talle a los acordes de un balable en doce meses? Yo, al tenerla así, entre mis brazos...

Al llegar aquí de su ardiente peroración unos brazos viriles detenían al galán y separándole de su radiante pareja lo sustituían con aire pausado y triunfal. Y el nuevo pretendiente se soltaba por la lengua, como si ésta fuese una adarga de lucha y él un batallador del medioevo armado de punta en blanco para rendir con el valor el corazón de su adorada.

—Laurita, ¿usted no sabe una cosa...?

—Yo soy muy ignorante.

—Es algo espantoso.

—¡Oh!, me asusta usted.

—Hace bien, porque estoy loco furioso.

—Imposible.

—Pues, sí, puede estar segura de ello; es una locura espantosa... estoy completamente loco... loco por usted.

Y por este rango y orden iban descollando la pléyade de locos que aspiraban a verse metidos dentro de la camisa de fuerza que encerraba el cuerpecito cargado de pesetas de la heredera.

Las tías de Laurita, juntitas, era su modo de hacer desde hacía sesenta años, sentadas en dos butacones que tanto sabían de sus confidencias, contemplaban esta victoria aplastante de su sobrina con aire de triunfo.

—Estoy empeñada en que encuentre una fortuna digna de su hermosura — decía Gloria, con una mueca altiva y aplastando la lacta papada.

—Pues a mí me bastaría con que se hiciera con un partido regular en cuanto a fortuna, pero hermoso como un Adonis — contraopinaba Armancia.

—A ti las lecturas griegas te han trastornado el recto sentido de la vida: ¡cómo un Adonis! Vamos, dime, ¿de qué sirve la belleza si no se tienen recursos para mostrarla? Pues, para nada, a lo sumo para exponerla como maniquí de moda y demostrar la elegancia de los vestidos que llevarán los demás.

Armancia dió un suspiro hondo,

y mirando a su hermana con el rabillo romántico del ojo, dijo:

—¡Cuántos de los millonarios que contemplan esos maniqués, con todos sus millones, marchan de la tienda envidiosos del tipo y la elegancia que no podrán comprar jamás!

—Bueno, ¿quieres callarte? Eres empalagosa como un caramelo con tus ideas sociales; nunca lograrás adquirir la prestantía de nuestro rango.

—Ni tú la sencillez que lo ennoblece.

—¡Revolucionaria!

—¡Engreída!

—Laurita se casará con un millonario.

—Laurita se casará con quien ame.

Las dos hermanas se miraron desafiadoramente. Una exclamación cantarina de su sobrina hizo volverla hacia ella, y la sonrisa más satisfecha iluminó nuevamente sus arrugados semblantes. Se miraron y suspirando con orgullo exclamaron a coro:

—Es encantadora.

Estos diálogos ásperos eran frecuentes entre las dos solteras y irremediables, los únicos que lograban matizar su vida regularísima y uniforme. En todas las materias dignas de discusión coincidían plenamente, pero en cuanto se rozaba el tema sentimental relativo a Laurita se producían estos choques fugaces, que, por fortuna, no sentían más

consecuencias que las que quedan descritas.

Y era forzoso que así ocurriese, porque mientras Gloria era muy pagada de su brillante situación económica, orgullosa, materialista, Armancia era la niña sensible que se pasa los días de luz sumergida en lecturas románticas que guarda luego con las páginas moteadas con el arragado lanar de sus lágrimas en los repletos anaqueles.

No debe extrañar que la llamemos niña con sus setenta años, pues en su calidad de célibe era acreedora a este título esternerecedor, y aun de otros muchos que excusamos. No lo era, por esto, menos la soberbia Gloria contando sus setenta y dos primaveras ya sin perfume, así mismo por su condición de mujer que no ha tomado estado de matrimonio ni piensa tomarlo en los días de su vida, pero quizá debido a ese par de arrugas flácidas que, rayándole el rostro a entrambos lados de la boca, delataban su carácter agrio, irascible y dominador, no parecía tan propicia a ser reconocida como tal.

Como se vé, las separaba en el amargo dolor de la vida poca diferencia de edad, tan poca, que cualquiera las habría supuesto mellizas. Eran exactamente como suelen ser todas las señoritas que alcanzan la madura edad de setenta años sin haberse casado: descarnadas, tiesas, estampas

apergaminadas de un tiempo que fué. Ni pensar en que pudiesen sentir la menor debilidad por las modas del presente; ¡ay!, aquellos corsés de cintura alta que echaban la emergencia de los senos debajo mismo de la fina barbilla. Vestían con orgullo jubones de seda ruidosa con abanico, cuello elevado con bullones y unas mangas apretadas que señalaban hasta el curso de las venas.

Creemos que esto del linaje era en ellas un puro camelio y hasta nos atrevemos a precisar que descendían de un matarife, cosa en cierto modo explicable siguiendo el curso de las frecuentes alteraciones de la billa de Gloria; pero esto ya no puede interesarnos. Habida a cuenta de los particulares que pueden contribuir a representárnoslas, las dos tías de Laurita pueden quedarse tranquilamente sentadas en sus butacacons admirando a la niña en cuya educación no habían regateado prendas y regodearse de verla rendir tantos corazones. ¡Ah!, ellas no habían podido casarse, pero Laurita podría hacerlo veinte veces.

Esta, sin embargo, no parecía muy bien dispuesta a seguir tal carrera de victorias; es cierto que correspondía a las manifestaciones fogosas de sus pretendientes con sonrisas vagas y hábiles evasivas que tenían todo el

saber de promesas y correspondencias, mas, tan pronto como podía escaparse del asedio, se metía tras los cristales de algún ventanal y permanecía largos ratos mirando al cielo con ojos melancólicos y soñadores. Pasaba revista al tipo, al alma y al rostro de todos y cada uno de los componentes de aquel apasionado enjambre que sumbaba constantemente a su alrededor. Ninguno llenaba su ideal, ninguno poseía esa figura de sus ensueños. Eran elegantes, bien crechados, dicharacheros, quizá tenían, incluso, dinero; pero había en su modo de hacer y de decir, casi habría dicho de pensar, el marchamo inconfundible de la vulgaridad. Ella aspiraba... ¡qué sé yo...!, era como una especie de sueño de diecinueve años que no habría sabido definir: ella quería un hombre muy gallardo, muy hermoso, con una hermosura fiera que hacía temblar de miedo cuando arrugaba el entrecejo y hacía desfallecer de felicidad cuando se serenaba para adorar; ella veía en sus sueños a un hombre de ojos negros, profundos, taciturnos y dulces, graves y mexurados, ardientes y relampagueantes al compás de las alternativas de su espíritu tempestuoso y grande. No quería oír sandeces ni temas sobados y comunes en labios del hombre que amase; habría sido dichosa escuchando de ellos una oración

original, una galantería nueva, de su conversación poseía una una frase ingeniosa. Además, exigía también un calor especial en el amor. A Laurita le había parecido que hay dos caracteres amorios en los hombres, el común y el excepcional, el que pasa por la dicha como un animal sencillo que cumple mecánicamente la ley del instinto y el que obra por cuenta personal a impulsos de una voluntad y un sentimiento propios. Ella, pues, deseaba a éste.

En uno de estos arrobamientos sintió bruscamente una bocanada de aire cálido que le acariciaba la espalda y oyó una voz melosa de hermoso y grave timbre.

—Laurita, está usted muy pensativa.

La joven se volvió sonriendo a un joven moreno, de grandes ojos negros inexpresivos, arrogante y agradable. Era Gregory, el que había logrado atraerse sus preferencias.

Dentro de la vulgaridad siempre hay algún caso notable, y éste era en la tertulia de las tías el joven Tomás Gregory. Era el único que se acercaba, más o menos remotamente al ideal de la joven; sus ojos, bien que faltos de fuerza y voluntad, expresaban una dulzura innata, atrayente, que se parecía mucho a la que ella había visto en sus ensueños de amor. Hasta en su alta estatura y en su cortesía extrema y en los ademanes todos

de su conversación poseía una sombra de caballero único capaz de llenar su alado ideal.

—Amaba, pues, Laurita a Gregory? No, no había llegado a sentir por él inclinación rendida; todo se reducía a una simpatía dulce, que no aumentaría ni disminuiría probablemente jamás. Alguna vez, en sus monólogos melancólicos, la joven se había dirigido a sí misma aquella interrogación y concluía siempre por adivinar que Gregory no había mellado lo más mínimo su corazón. Era un tipo apreciable e interesante, pero a aquella mirada le faltaba calor, a sus frases vehemencia, era demasiado ceremonioso y le faltaba esa chispa que no se sabe cómo ni por qué ilumina la frente y hace arder la mirada.

Gregory, por su parte, tenía sus esperanzas; él se daba cuenta de que superaba a cuantos rivales frecuentaban la casa y fiaba en una victoria final cabalgando sobre el petro de su tenacidad, que no era poca. Era un buen muchacho, amable por naturaleza, sincero, incapaz de emplear otras armas que no fuesen las de la lealtad. Amaba a Laurita sin pensar en su dinero y pretendía hacerla su esposa sin precipitaciones, de acuerdo con su carácter pausado y frío.

—Es usted demasiado soñador — prosiguió, sin esperar que a la sonrisa forzada de la joven

sucediera la frase de bullicioso desdén.

—Estos refugios del ensueño son mi único recurso para librarme de tantas cosas inertes.

—¿Inertes?

—Sí, completamente, Gregory.

El joven reflexionó un segundo con afectada preocupación y replicó, al fin, con una sonrisa de desahogo:

—Menos mal que ha dicho «tantas cosas». Si en su lugar hubiese puesto la frase «tantos hombres...».

—Entonces, ¿qué? — inquirió Laurita con distraído interés.

—Me habría podido sentir aludido y esto sería para mí muy doloroso.

—Son muchos los hombres que se caían aquí, ¿por qué habría tenido que ser precisamente usted el aludido?

—¿Qué sé yo? El miedo hace concebir tantas sospechas.

—Y, no obstante, usted es el menos indicado para sentirlo.

—¿El miedo?

—Esa.

—Entonces, Laurita, ¿es verdad que puedo tener alguna esperanza?

—¡Oh, Gregory!, no se precipite; cierto que usted es el mejor de entre todas las presencias...

—¿Mis rivales van a lincharme — exclamó el joven con entusiasmo.

—Repito que no pague de exagerado.

—¿Quién es capaz de mantenerse sereno? Laurita, ya no es posible que yo exprese con más claridad mis sentimientos, ¿quién puede impedir que pueda hacerle mi esposa?

—Nadie, es cierto; ha estado usted siempre tan galante y sacrificado para conmigo... singularmente este verano he pasado unas horas maravillosas viajando en su yate, no se puede desear más, pero... sólo siento no estar enamorada...

—Es usted incurable — dijo con frío desaliento el joven—. Sigue usted esperando el caballero ideal no sabe de dónde, quizá del cielo, quien sabe si de las ignotas mansiones de los dioses infernales que habitan el subsuelo y esto sólo es posible que acontezca en las historias maravillosas.

—¿Quién sabe! — respondió Laura, entornando los ojos—. ¡Es tan agradable soñar!

En este instante la corte de interesados vástagos se acercó en tropel a la pareja con el presente ruidoso de sus galanterías y risas. Laurita, que había quedado como extasiada, les impuso bruscamente silencio con un imperioso ademán.

—¿Han oído? — preguntó, pálidamente y con la voz entrecortada por una incomprensible emoción.

Gregory y sus aláteros callaron presado oído un segundo.

—Sí, es el zumbido de un avión — dijo finalmente el primero, con indiferencia.

—¡Un avión! — exclamó Laura juntando las manos y fijando la vista al cielo con arrobamiento.

Y ante la sorpresa de los circunstantes, que se disponían ya a resanar su estrepitosa adopción, siguió imponiéndoles silencio cada vez más conmovida y pálida. Se apartó del grupo y al andar pareció que se tambaleaba bajo el efecto de alguna emoción profunda y misteriosa, con el oído puesto constantemente en el ruido del inesperado avión.

Cosa verdaderamente extraña, como si alguna fuerza oculta hubiese establecido una relación inteligente e invisible entre los sentimientos de Laura y el pájaro de metal ensordecedor que volaba fuera, y éste obedeciese a una atracción irresistible de la joven como un gigantesco y animado bloque de acero al imán potente, el ronzido del motor, que un instante ha se percibía sordamente, se hizo vibrante y ensordecedor. Evidentemente el aparato que, en un principio, volaba lejos, iba aproximándose a la casa y seguía viniendo sin cesar.

No habíamos dicho todavía que la mansión de las respetables solteronas estaba situada en un pintoresco paraje de las afueras de la ciudad. Era una casa solariega rodeada de frondoso bosque a la

que entrambas hermanas se habían retirado cuando ya la sarpa implacable de los años, obrando sobre su rostro, las convenció de que era estéril toda tentativa que hiciesen para engarsar en el garlito matrimonial a algún incauto poseedor aun de algún rescoído de gallardía cotizable en sociedad. Esto había ocurrido hacía mucho tiempo y los páramos que rodeaban la hacienda, convenientemente espurgados, habían tenido tiempo de convertirse en campos de labor o bien en vastos vergelés.

En el silencio de la campiña el ronzido del avión resonaba claramente y estando encerrado se podían ir siguiendo, sin verle, todas las alternativas de su evolución. Laura continuaba atenta y extasiada, cuando, bruscamente, pareció despertar y alargó los brazos hacia la puerta. El misterioso avión evolucionaba por encima de la casa, la rondaba, se le adivinaba dar vueltas y vueltas... al fin el ruido ensordecedor fué convirtiéndose en un zumbido mortecino y lento que se extinguió a su vez. El aparato había aterrizado.

—¿Qué le ocurre a usted? — preguntó Gregory acercándose a Laura, alarmado y mostrando el mayor estupor en sus facciones.

—No sabría definirlo — balbuceó Laurita con lividez cadavérica —, me ha asaltado una palpitación...

fación desconocida... diría que es un presentimiento...

A unos cien metros de la casa, en una explanada rodeada de altos setos, acababa de aterrizar un avión. Saltaron de él dos hombres jóvenes enfundados en gruesos mantos de piel. Uno de ellos se echó el casco para atrás y poniéndose en jarras, jocundo y vivaz, exclamó mientras soltaba una carcajada feliz.

—Está bien, hombre, te felicito de todo corazón por la vista enorme que tienes. «No lo verá, Tony, tú verás». ¡Diantre, hombre, qué va a lo ver! Has estado acertado. Además, ni sopla el viento, ¡qué va a soplar!

Lleva a cántaros y mientras Tony soltaba estas cuchufletas a su compañero, que sonreía con benevolencia, tenía que cerrar los ojos para hurtarlos a las furias del vendaval y bebía el agua que resbalaba por sus mejillas.

—¿Es que uno no se puede engañar una sola vez en la vida?

—Vaya, Jack, es que va ya la tercera — declaró Tony, moviendo la cabeza con cómica reprobación.

—Bueno, oye, vamos a ver si nos ponemos de acuerdo. ¿Dónde nos hallamos?

—Pues, en Norfolk.

—Nos hemos lucido; podías haber aterrizado en los alrededores de la ciudad y nos sobrarían refugios. Esto es un desierto, no se

vé una maldita casa en que guarecerse del aguacero.

Tony esparció una mirada a su alrededor y distinguió a poca distancia los numerosos ojos iluminados de la casa de las acitoronas.

—¡Qué estás diciendo! Mira, allí se levanta un palacio; pronto vé y prepara el terreno mientras yo cubro el camarote. Voy en seguida.

Laurita se había quedado como clavada en el suelo ante el marco que daba entrada al vestíbulo, extática, con los ojos fijos en la puerta. ¡Qué extraño fenómeno de hipnosis! El corazón le palpaba con aceleración y a pesar de que no veía nada de lo que acontecía al exterior habría firmado su sentencia de muerte a cambio de la absoluta certeza de que en aquel instante y por aquella puerta aparecería el signo inmutable de su porvenir. Gregory y su corte menor de galanes permanecían a respetuosa distancia con estupor creciente y vivamente interesados en ver en qué paraba aquella enigmática actitud.

Al fin la puerta se abrió, apareciendo Jack. Laura no se inmutó gran cosa; el joven se acercó a ella con la natural turbación y después de saludarla cortésmente, explicó:

—Señorita, somos aviadores de la armada, el tiempo es muy malo y nos hemos visto obligados a detenernos aquí. Si no importu-

namos, nos quedaremos hasta que el temporal amaine.

Laura no contestó. Seguía con la vista fija en la puerta aguardando alguien... Tony apareció, se quitó el casco; las miradas de los dos jóvenes se encontraron. Laurita extendió los brazos como en un éxtasis. La corte de almidonados pretendientes, con Gregory a la cabeza, se miraron, asombrados y despochados; el mismo Jack miró alternativamente a su amigo y a la hermosa joven parpadeando en la nerviosidad de la sorpresa y de la incompreensión.

Tony se acercó, lento y arrobado, a Laura, sin quitar sus ojos de los de ella, como fascinado.

—Somos de la armada — pudo articular con voz apagada por la emoción.

—Lo sé — replicó Laurita como en un suspiro, sin dejar de mirarle tiernamente.

Su vista fulgurante se alzó para fijarse en su pelo brillante, sedoso y enortijado. Era su caballero, sí, su ensueño dorado, su ilusión; a ese quería, a ese había imaginado en sus largas horas de ensueño. Le amaba ya sin conocerle, pero presentiendo sus trazos y su gallardía. Tiene alas el pensamiento, y el deseo y la voluntad son irradiaciones del espíritu, haces ardientes de fuego que se esparcen en derredor trazando en el espacio los capítulos de nuestro destino. Ella no

sabía nada de esa figura sonriente, hermosa, virtu y amable cuyos ojos le expresaban claramente que la amaban, pero la esperaba, la intuía en la fuerza y el misterio del presentimiento.

De pronto, como despertando de un sueño, exclamó horrorizada:

—¡Está usted herido!

El arrogante aviador sonrió pasándose instintivamente la mano por la frente. Al retirarla vió que estaba manchada de sangre. El aterrizaje, por debiccias del terreno, había sido un poco violento y se había producido una ligera herida en la sien.

—No vale la pena, señorita...

—Laura.

—Señorita Laura, por la dicha de haberla conocido a usted daría yo gustoso toda mi vida.

Laura condujo a su huésped a otra habitación y le administró un apésto con sus manos de nécar. Tony no cesaba de mirarla.

—Enfermera exquisite — murmuró, rendido.

—Es la primera vez que ejerzo — se excusó ella, temblándole la voz.

Una melodía amortiguada por la interposición de algunas paredes vino a harir los oídos del aviador.

—¿Acaso se hallan ustedes de fiesta?

—Sí, una gran fiesta...

—¡Cuánto siento haberla interrumpido — se dolló Tony, sin-

ceramente—. ¿Acaso un casamiento...?

—No; celebramos mi cumpleaños.

—¡Dichoso de mí! —exclamó el joven, levantándose con impetu apasionado—. ¿Cuántos?

—Diecinueve.

—¡Diecinueve! — murmuró el aviador cerrando los ojos en un transporte arrobado.

La voz le había temblado al pronunciar estas palabras. Abrió los ojos, acercóse a los labios de la joven, y le susurró:

—Laura, Laurita... qué cosa más extraña, qué rara es la vida... si usted supiera lo que me ha ocurrido al verla, ¿qué pensará usted si se lo digo?

La joven no habría podido pronunciar una palabra, el corazón le latía con violencia y tenía que entreabrir la boca para no ahogarse.

—Sentí como si de repente hubiese dado con una dulce y suprema quimera mucho tiempo perseguida, si, esto es, tal debe ser la sensación que produce el logro de un ideal supremo... no puedo esconderlo, hay una fuerza misteriosa que me acerca a usted... Laura, ¿debo decirlo?, yo la amo, la amo ya con locura. ¿No quiere usted creerlo?

Laura creyó por un instante que iba a desvanecerse, sintió un golpe en las sienes, un zumbido que llenaba todo su cerebro la obligó a cerrar los ojos para

entregarse a la alucinación de que era el estridente sonido de mil trompetas anunciando la resurrección de su alma. Al fin pudo exhalar:

—Te creo... te creo...

Sin advertirlo le había tuteado. El aviador le rodeó el tallo y estrechándola muy fuerte inició el ritmo de una danza. Bailando la condujo al salón, sin dejar de mirarla hipnotizado. Al verla reaparecer en aquella postura inesperada la pléyade de galantadores sollaron espumarajos de bilis y tomando sus arcos elegantes abandonaron la casa, despechados, en actitud de mutua solidaridad. La sonrisa de Laura les anunciaba que su corazón había quedado definitivamente afeitado.

Los acontecimientos se produjeron con tal rapidez a partir de aquel instante, que dos horas después Tony y Laura se habían dicho mil veces que se amaban con seguridad; se tuteaban con ternura y libertad y fijaban la fecha de su matrimonio.

Caso verdaderamente pasmoso. El mismo Jack no lograba salir de su estapor.

—¿Cuándo nos vamos? — pudo decirle al oído, después de innumerables tentativas.

—Ahora mismo, Jack; ve a telefonar al comandante el contratempo que hemos sufrido y dile que partimos en seguida.

Obedeció Jack y la pareja saltó

al jardín tiernamente entlazada. El cielo había despejado y la luna iluminaba pálidamente el bosque.

— ¡Pensar que hace apenas dos horas que nos conocemos! — exclamó Tony, mirando con infinita ternura a Laura, pasmado de sí mismo.

— Te presentas, eres mi hombre, mi ideal soñado.

— Y tú para mí la cristalización de un sueño feliz, vago e inasequible como un cuento maravilloso de hadas. Serás mi esposa...

— Sí, Tony mío, quiero serlo. Te amo.

— Te adoro. Te haré mía muy pronto. Escóchame bien mío: soy navegante del aire, nos hallamos en plenas maniobras y ahora me dirijo a Honolulu. Pasado mañana debo partir definitivamente para allá, donde me han destinado. Las islas Hawai son un paraíso. Pasado mañana, pues, iré a buscarte, nos casaremos en seguida y seremos inmensamente felices. Ese muchacho que me acompaña es Jack, mi mejor amigo; él también vendrá allá después de haber actuado de padrino de nuestra boda. Toma, ahí te doy mi anillo de compromiso.

Haciendo y diciendo, Tony quitóse una sortija sencilla que llevaba puesta en su meñique y la colocó en el índice de su adorada.

En este momento, Jack apareció entre los árboles.

— ¡Nos vamos? — preguntó en tono socarrón.

— Sí, comienza a calentarse el motor — respondió Tony.

Y volviéndose hacia Laura la rodeó con sus brazos fuertes y amantes.

— Adiós, amor; hasta pasado mañana. Ya eres mía, soy feliz como ningún otro mortal, y moriré antes que faltar a mi palabra. Te adoro.

Acercada a su pecho y le puso un beso en la boca, fuerte prolongado y ardiente. La luna los iluminaba como a dos amantes de una estampa romántica. Se hallaban en esta postura ideal cuando se abrió una de las ventanas de la casa y asomó por ella el doble y señorial busto de las tillas. Más expresivo espectáculo no podía herir su escandalizada retina.

Armancia entornó los ojos; por el contrario, Gloria dibujó una mueca de disgusto y reprendió a su hermana ásperamente.

— ¿No te da vergüenza eso?

— ¿A mí? — respondió Armancia con afectada indiferencia—. ¿Y qué culpa tengo yo de que el avión haya caído aquí?

Instantes después el aparato hendía el aire camino de Honolulu. Laura lo contempló alejarse extasiada. Gregory la sorprendió en esta actitud por la espalda y metiéndole la boca por el oído le dijo, acompañándose con una sonrisa de elegante despecho:

— ¿El caballero ideal?

Laura juntó las manos en actitud de mística adoración y respondió con voz embargada por la felicidad:

—Sí, el caballero tan largamente soñado. Dentro de dos días será su esposa.

CAPITULO II

El amor secreto

Pocas palabras debemos añadir a las anteriores respecto a Tony después que, por la fascinación de Laura, hemos tenido ocasión sobrada para colegir que se trataba del más perfecto tipo varonil. Esto en cuanto a físico, que por lo que va de prenda moral era aún doblemente aventajado.

En suma, se trataba del teniente de aviación D. Tony Ghilerist, una figura relevante que, a pesar de su juventud, se había conquistado la admiración entusiasta de los soldados, el respeto de sus colegas y el alto aprecio de los jefes del arma de aviación. A la sazón, mandaba una escuadrilla de caza en la cual había acreditado una audacia admirable y una estrategia perfecta.

Se decía por los corrillos de la Base Naval que el jefe de aviación le estimaba muy particularmente y estaba por nombrarle su ayudante. Tampoco era un secreto para nadie que el Almirante de

la flota del aire reservaba para él un cariño muy personal y hasta cierto punto interesado, pues, con frecuencia alaba el cabo de sus afectos y deferencias para con él al del amor que sentía por Adela, su linda hija, y los deseos muy paternales de verla casada con un partido que se lo mereciese; pero... vayamos siguiendo por lo nuestro, que de esto habremos de hablar con sumo interés algo más tarde.

Con todo esto queremos dar a entender que el teniente Tony Ghilerist seguía una carrera brillante cuyo fin había de verse coronado con laureles sin cuento, si no se interponía para enredarlo algún incidente traidor. Tal era el criterio y la esperanza del jefe y del Almirante, quienes ponían de su parte las máximas facilidades para que este valcincio luminoso llegase a realizarse a la mayor brevedad y muy felizmente.

Debe decir que, en esta distinción que se le dispensaba, influía en parte la simpatía personal que se desprendía del muchacho. Porque Tony era, en verdad, una figura que cautivaba desde el primer instante no sólo por la frescura de su sonrisa y la sencillez de su trato, sino por el donaire de su conversación y el gracejo con que sabía adornar de oportunos chascarrillos el tinte rojo de sus labios. Aunque, haciendo honor a la verdad, debemos con-

ionar que ésta era la mínima parte, llevando la principal su talento crecido, su voluntad tenaz y su honradez acrisolada.

En cuanto a Jack, tócanos decir que era un muchacho simpático e inteligente, el amigo inseparable y leal de Tony y el que no solamente se paraba en amistad, sino que velaba con un celo de alta escuela de nobleza para que su carrera alcanzase el triunfo apetecido. Era hijo del almirante, lo cual viene a concluir que el teniente Gíllierist se cotizaba por lo que valía.

¿Había pensado alguna vez Tony, formalmente, en la conveniencia de dejarse atar a la picota conyugal? Ni él mismo habría sido capaz de precisarlo; vivía gozoso, respetado, admirado, en rigor no precisaba de los mínimos y cuidados de una esposa hermosa y tierna que todos los días al despertar le echase los brazos al cuello para decirle que estaba loca por él, le planchase luego el vistoso uniforme y le calentase el café mientras él gozaba unos minutos más del dulce sopor del entresueño. Seguramente que ni una sola vez se le había ocurrido semejante atrocidad — perdónenos la irreverencia en atención a que hablamos con el pensamiento horrorizado puesto en el misero sueldo del feliz aviador—. Pero, y he aquí la verdad estupenda de aquel aforismo vulgar: «El hombre propone y Dios

dispone», de la noche a la madrugada, Tony se halla con un ángel tutelar que después de haber entornado tres veces unos ojos irresistibles con éxtasis y haberse desmayado en sus brazos susurra, rendidamente, la frase suprema: «Te amo»; él mismo se ve atacado de ceguera furiosa y da su preciosa palabra de matrimonio.

Y no era lugar de echarla para atrás, aunque en honor a la verdad ni poco ni mucho estaba dispuesto a hacerlo, pues la felicidad rebosábale por los poros. Había regresado de Honolulu y habían transcurrido los dos días que había dado de plazo a Laura para que se preparase para la boda. Es decir, había transcurrido uno y aquella mañana el sol alumbraba el segundo. El día amaneció radiante, ¿para qué enamorado no será luminoso el día de su casamiento? Mal que perezca paradoja así suele acontecer y es dicha que ese día no se repita al cabo de un par de años de experiencia, porque entonces ni con lluvia de oro el alma lograría sonreír. Si aquella mañana el cielo hubiese derramado una catarata sobre la Base Naval, Tony, al asomarse a la escotilla del camarote que ocupaba en el buque escuela almirante, habría exclamado con alborozo: «¡Qué día más espléndido!»

— Bueno, oye tú, a ver si me arregias la córbita y concluyo de

una vez — estalló con nerviosidad feix mientras se paseaba de un extremo a otro del camarote sin lograr reducir el lazo que debía adornar su cuello en la solemne ceremonia.

Jack estaba presente y le miraba en una actitud displicente y preocupada.

—¿Pero, es verdad que vas a casarte? — dijo con un dejo de tristeza en el que había sentimiento y un hondo reproche que en vano trataba de disimular.

No habría podido precisar por qué aquel brusco y singular casamiento le causaba cierto desasosiego... quizá no seamos del todo justos al decir que no habría acertado a exponer las causas de su pesar, si Jack hubiese tenido el valor de ser sincero habría confesado que el pensamiento de que algún día su hermana pudiese concederle la dicha de ser cuñado de Tony le cosquilleaba constantemente el alma. Si, esto es, el noble hijo del Almirante habría deseado que aquellos precipitados preparativos de boda de su más amado amigo se verificasen para celebrarla con su hermana.

—¿Has cometido la torpeza de ayudarle un instante? — preguntó pasmado Tony, que ignoraba los sentimientos de Jack.

—¿Qué quieres que te diga...? Todo esto es demasiado novelesco; si te hallas sólo en la mitad de tu carrera...

—¿Tú no has tratado de comparar alguna vez la vida con el Ajedrez?

—¿A qué vas?

—Hombre, a decirte que no es, ni más ni menos, que el ajedrez y que como en él se puede jugar a partidas simultáneas... si, hombre, por Dios, no te asustes; un tío que tenga las muecas bien ajustadas puede perfectamente hacer dos o más cosas a la vez; por ejemplo, yo puedo proseguir mi carrera con más brillantes que nunca y al mismo tiempo crear un hogar. ¿Has entendido?

—He entendido bien, Tony; pero, oye, ¿le dijiste a tu bella que no tienes una peseta? — preguntó Jack, con irónico relintín.

—¡Bah!, dejemos eso; no me amargues estos momentos de felicidad — cludió el teniente con una mueca de disgusto.

—¿Y que tendrá que vivir en una isla desierta del Pacífico?

—¿Qué tonterías dices! No le quedará tiempo para aburrirse. Porque, ¿sabes?, la quiero con toda mi alma, la pondré en un altar y me pasaré los días de rodillas ante ella adorándola y sólo para contemplarme así tendrá necesidad de todas las horas de su vida.

—Ya, descontentado, por supuesto, las que tú necesitarás para volar con la escuadrilla a cien leguas de distancia... — apuntó Jack con intención y gran sentido realista.

—Mira, Jack, voy a confesarte

que en dos días has envejecido veinte años... en fin, gracias a Dios esto ha terminado; aquí me tienes peripuesto y pronto a subir las gradas del altar.

Tony se había vestido. Se caló la gorra, abrió la puerta estrepitosamente y antes de volver a cerrarla tras de sí tuvo un instante de vacilación.

—Bueno, entendidos: te espero luego para apadrinarnos... — se rascó la cabeza con preocupación, y añadió— ¿Tú crees que vendrá?

—¿Quién?

—Mi novia.

—¿A la cita que os habéis dado anteayer?

—Eso es.

—Cándido; las mujeres nunca faltan a su boda.

Tony rió feliz y cerrando la puerta corrió a presentarse al oficial de guardia para el permiso de salida. Bajó la escatera de haber y saltó a la brillante gasolinera de servicio que transportaba a los oficiales a tierra.

Puesta la embarcación en marcha saltó a la escotilla y apoyando los pies en los breves peldaños que conducían al departamento destinado a los pasajeros quedóse reclinado de brazos sobre la arista de la cubierta que le hacía a aquél las veces de techumbre, de forma que teniendo las piernas metidas en el interior su busto salía afuera. Tony rebosaba de dicha y abrió la boca

con delecta proponente como un triunfador del Universo. Iba a casarse, ¡cómo no resumiría el alborozo por todos sus poros! Lo aguardaba una criatura angelical, muerta casi de amor por él, una mujer tan hermosa y tan providencial que bien se veía que al ofrecérsela el Todopoderoso le distinguía con los bienes de una protección especial.

Se puso a silbar una tonadilla arbitraria y no pudiendo contener el regocijo principió a brincar sobre el peldaño en que apoyaba los pies sin sospechar que de otra parte para abajo era el blanco de las miradas de una linda pasajera que se hallaba sentada en el interior de la gasolinera. Era esta una joven de aspecto agradable, de tez morena y ojos melancólicos, que vestía con elegante sencillez. Apenas vió que se deslizaban al fondo de la gasolinera aquellos pantalones galoneados corrió con estupor visiblemente feliz y llamó en seguida.

—¡Teniente Gliceris, teniente Gliceris!

Maravillosa intuición. No se había equivocado la joven y esto que no había visto ni la sombra del rostro del gallardo aviador. Cuando de una manera tan original e inédita era capaz de distinguir a Tony de los demás hombres, fuerza era suponer que la movía un sexto sentido fantástico, un espíritu profético de Sibila, o bien... algún secretillo

de su corazón, porque sólo cuando gobierna el amor en todos nuestros sentidos somos capaces de producir semejante milagro de adivinación.

Esta linda y simpática joven era Adela, la hija del Almirante de la flota del aire en que nuestro tenientecillo tenía mando, hermana, por supuesto, del simpático Jack. Como hija del Almirante vivía con éste en el buque escuela y había coincidido en tomar la misma gasolinera que Tony para trasladarse a tierra, cosa que hacía todos los días a la misma hora para efectuar sus vistas y verificar sus compras.

Al ver que, en llamándole repetidamente, el enajenado Tony no le respondía, se decidió a tirarle de los flamantes pantalones. Y ésta sí que valló.

— ¡Qué agradable sorpresa! — exclamó sinceramente al ver a Adela que le sonreía.

— No me esperaba aquí, ¿verdad?

— ¿Cómo podía esperarla?

Adela paró de sonreír y pasando revista a las prondas primerosamente cepilladas y planchadas que vestía el teniente, dijo con coquetería:

— Muy elegante. ¿Acude a alguna solemnidad?

Tony sonrió, confuso. Vaya pregunta en el día de su boda... naturalmente que era dispensable, puesto que Adela no estaba enterada de nada.

— Algo hay de eso — balbuceó, sonriendo.

Bruscamente la hija del Almirante se puso seria, grave, se la vió titubear misteriosamente un instante por entre algún dedalo de íntimos sentimientos que constituirían una pena, o una felicidad incommensurable de su corazón, y dijo con voz alterada por profunda emoción:

— Ghilrist, quiero decirle algo... lo estoy pensando desde mucho tiempo, no me he atrevido hasta hoy porque la iniciativa de esto le pertenece a usted... sin embargo, le dispenso... te dispenso...

Aquí el corazón del teniente dió un vuelco en su pecho y el azorado muchacho tuvo que ayudarse de la boca para respirar, pues la agitación repentina de su ánimo al oírse tutear inesperadamente por la auténtica hija de su Almirante, hizo insuficiente la dilatada nariz. Pero no la interrumpió y Adela prosiguió con más acentuado temblor en sus labios:

— ... es tan natural que no te atrevieses, ningún soldado tiene valor cuando se trata de la hija de su Almirante, esto es lo que me ha decidido a romper el hielo aparente, de otro modo eso se habría hecho interminablemente largo y muy penoso para mí... Tony, yo te amo con toda mi alma...

Estas últimas palabras salie-

ron de los labios cálidos de Adela con tanta emoción que el pobre teniente, anonadado por el doble e inesperado golpe, se la quedó mirando, mudo y como idiotizado. Adela, la hija de su Almirante, confesaba que le amaba.

Es cierto, sí, que había sorprendido en ella muchas veces, al mirarla, una luz muy viva en sus pupilas, una como llamada de felicidad ansiosa y expectante; pero él, un mísero teniente, no tuvo nunca la audacia de interpretar como un requerimiento de amor. Certo que Adela era linda y simpática, pero fuese por la frecuencia con que la trataba, bien que sus gracias no llegaban a la deslumbrante hermosura, no le conmovía más allá de lo que vulgarmente puede conmovir una mujer a un hombre que acaba de cumplir los veinte años. Y ahora, en medio de las brassas ardientes de esta atrevida y heroica declaración, descubría que Adela era bella, sincera, valiente, cualidades que le admiraban; y también se daba cuenta de otra cosa que hizo recorrer un estremecimiento por su espinazo, y ésta era que, en su calidad de soldado del aire al que un deber rígido y permanente ponía de continuo al borde de la muerte, precisaba de una esposa ahnegada, inteligente, que fuese capaz de acompañarle en la vida sin una vacilación ni una queja.

Pero era ya demasiado tarde.

Miró a la hija de su comandante que, con los ojos cerrados como queriendo oír la respuesta en un ambiente interior de puro ensueño, aguardaba la respuesta. Sin duda alguna, Adela, como hija de un hombre del deber y mujer juiciosa y seria era la llamada a llenar el vacío de su vida... mas, imposible, Laura aguardaba también con su vestido de boda y el corazón alborozado. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Pobre Tony, sus ojos extraviados buscaban una fórmula, una salida.

—Adela —pudo barbotar al fin— Usted no sabe, no puede imaginarse... ¿quién podía suponer eso? Ha elegido usted un día macabro... sí... es que voy a casarme, ahora, ahora mismo... es que me caso hoy...

Quedó con la boca abierta, jadeante, como si acabase de verificar un esfuerzo sobrehumano para desplomar bárbaramente una carga de granito sobre las alas de una grácil mariposa puesta delicadamente en la corola de una rosa que bambolea su débil tallo en un abismo.

Adela abrió los párpados con horror y clavó sus pupilas en el teniente para cerciorarse de que no mentía. Sus labios temblaron un instante y volviendo a bajar los párpados reclinó su cabeza en el respaldo de su asiento y ahogó un sollozo desgarrador.

—Adela...

La joven levantó el brazo in-

dicándole que se callase; bebióse las amargas lágrimas que la ahogaban, y tratando de sonreír le interrumpió:

—No es nada... esto ya pasó, Tony; ha sido la debilidad de un instante. No se preocupe por mí... Me está bien, mi vanidad ha sido la causa de este desengaño. Yo aguardaba, soy la hija del Almirante, naturalmente, usted debía venir a mí y yo escucharle desde mi trono y luego decidir. Esto es lo que pensaba...

Este golpe rudo, no obstante, no tuvo más fuerza sobre el ánimo del feliz teniente que la de haberle sufrido el tiempo preciso en que Adela permaneció ante él; en cuanto saltó al muelle y se despidió de ella, ya no hubo para él más pensamiento que el de su felicidad. Laura debía llegar por el ferrocarril del Oeste y ya sólo faltaban algunos minutos para el tren. Corrió a la estación. El convoy acababa de llegar. Ciego, con el corazón henchido de alborozo se lanzó por el andén; tropezó con un negro enorme y feo, se abrazó equivocadamente a una institutriz pálida y romántica que le sonrió suponiéndole el caballero dudado que llegaba en alax del ideal para verlo alejarse luego con doloroso desencanto, y, al fin, encumbrado en la stalaya de una estiva de baulas, descubrió a su ídolo, a Laura, que:

a su vez, era todo ojos y duda buscándole a él.

Noa resistimos a describir los pormenores de un beso, si que se dieron, que parecía no querer terminar jamás y que expresaba sin equívocos el volcán que ardía de pura verdad en el pecho venturoso de entrambos jóvenes.

Una hora después todo estaba consumado. La ceremonia había sido muy sencilla y el banquete lo era mucho más. Cabe suponer que en una boda tan fulminante los invitados tenían que ser forzosamente escasos, tanto, que se reducian a la persona única de Jack. Los desposados y su testigo se refugiaron en un restaurante sin pretensiones establecido en uno de los barrios más modestos de la ciudad.

Y he aquí cómo Laura tuvo un marido caído del cielo como no pudieron soñarlo jamás las damiselas románticas del mil setecientos y pico.

La comprensible tristeza de Jack fué ahogada por la felicidad estrepitosa de los jóvenes esposos. Comieron y bebieron hasta la saciedad sin olvidarse de brindar hasta por la salud precaria del juez municipal.

Laura, singularmente, reboaba de dicha y no atinaba a quitar su ardiente mirada de los ojos felices de su apuesto esposo.

—¡Parece un sueño! — no cesaba de exclamar.

—~~Y~~, sin embargo, es una rea-

lidad —le respondió Tony envolviéndola en una sonrisa tierna—. Tus tías se habrán quedado patitiestas. ¿Qué han dicho?

—Qué han callado, querrás decir, porque apenas han oído mi decisión han abierto la boca...

—¿Para bostezar? — inquirió Tony con buen humor.

—¡Oh!, no, para buscar aire, pues el estupor las ahogaba. Pero no han tardado en reponerse; tía Armanca ha principiado a sonreír, me ha acariciado el pelo, me ha besado; tía Gloria, poniéndose severísima, se ha dado una palmadita en el rostro, se ha enjugado una lágrima...

—Sí, vamos, que las ha vencido el guibarrico de la ternura y te han dado la autorización — interrumpió el teniente escanciando un sorbo de champagne.

—Eso es, pero a condición de que tú fueses Almirante.

Tony soltó una carcajada ruidosa. Laura cambió bruscamente de tono.

—¡Qué triste sería ahora separarnos el uno del otro! ¿Verdad, Tony mío?

—Qué cosas se te ocurren, tontona. ¿Quién va a pensar que tú y yo tengamos que separarnos? Ni ahora ni nunca, pero, menos ahora que en otra ocasión. Oye, bien mío, la felicidad nos sonríe, dentro de poco partiremos hacia las islas Hawai, me han destinado a la escuadrilla del Pacífico; eso será una dicha cabal.

No creas que aquello sea populoso, no hay teatros, ni cines, ni...

—Pero, ¿estarás tú? — le interrumpió Laurita, tapándole la boca con un ademán mimoso.

—Desde luego, cada minuto y cada hora, es decir, siempre.

—¿Sólo para mí?

—Solo para ti, amor. Habrá el abyecto de la colonia, porque quizá no sepas todavía que nos acompañará el Almirante con su familia y sus jefes y oficiales, destinados, asimismo, al Pacífico con la escuadra de su mando. Ello traerá como consecuencia veladas frecuentes, téa a la moda, reuniones íntimas, en fin toda esa cosa muy frívola que ayuda a matar el tiempo y que tanto os satisface a las mujeres, que sustituirá en cierto modo el teatro y la pantalla...

La presencia de un camarero que esperaba discretamente un instante de pausa para hablar, le obligó a interrumpirse.

—¿Alguno de ustedes es el señor Ghillerist? — preguntó el mozo.

—Aquí está — respondió Tony.

—Entonces, tenga la bondad de llegarse al teléfono en el que piden por usted.

El joven teniente se disponía a alzarse para obedecer, pero Jack se le adelantó con el buen propósito de que su amigo no tuviese que cortar el preluio de la luna de miel.

—No te molestes, Tony, voy yo; luego te diré que hay.

El fogoso teniente reanudó su apasionada conversación con su Laura.

—Vamos a ser muy felices en el Pacífico, tú verás alma mía. La soledad de aquellos parajes virgenos te sentará muy bien, los colores de tu rostro subirán, quizá allí en la divina contemplación de la mar y de la selva, de colores más puros que no podrías encontrar aquí, me des la dicha de poseer un ángel...

Laurita bajó los ojos con estremecido pudor, y dijo con candorosa malicia:

—Toda tuya soy, Tony. Procuraré penetrarme bien de esos colores.

—Como tesoro mío que eres cuidaré bien de no moverme nunca de tu lado.

—¿Desde este momento?

—Desde este momento.

—¿Y para siempre?

—In eternum — juró el apasionado teniente, que recordaba el latín.

Apenas había pronunciado esta frase clásica y haberlo hecho con un ardor que no dejaba lugar a dudas sobre sus propósitos de darle fiel cumplimiento, Jack estaba de vuelta.

—Señor Almirante Ghillerist, el del teléfono está interesado en hablar con usted personalmente.

Dijo esto en tono irónico y amargo, mientras dirigía una mi-

rada oblicua y escudriñadora a Laura. Enderozóse el feliz teniente al locutorio telefónico saboreando todavía, con fruición, la miel de su firme juramento.

Cinco minutos después regresaba, y Laurita al clavarle su mirada experimentó una vaga inquietud. Las facciones de su esposo se habían ensombrecido y sus ojos parecían rehuirlo, extraviados.

—Tony... ¿qué ocurre?

—¿Qué te diré? Es muy desagradable; me telefonean de Washington que vaya inmediatamente allá. Creo que van a hacer las pruebas de un nuevo tipo de avión y quieren que lo pilote yo hasta las islas Hawai.

Al oír estas palabras, Laura se tornó livida, dilató sus pupilas con terror y apretando epilépticamente la mano de su esposo, exclamó:

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo — reafirmó el joven teniente con la voz apagada.

—Pero, eso no puede ser, eso es una monstruosidad — protestó Laura con las facciones llenas de un terrible y doloroso desencanto.

Y miró ansiosamente a Tony aguardando de él la más airada e indignada condensación de aquella orden brusca en día tan solemne, pero su estapor aumentó hasta cegaría al oír esta respuesta fría y resignada.

—Tiene que ser, Laura; son órdenes superiores, es la disciplina.

La disciplina se metía con ellos en el primer día de casados. Ella que esperaba un viaje largo con sus baúles llenos de ropa con que deslumbrar a las elegantes de las mejores capitales europeas. No podía comprender eso. En su corazón chocaron los contrapuestos sentimientos de admiración por el brillante uniforme que tanto había contribuido a realzar ante sus ojos la gallardía del teniente, y de odio a la intrusa y férrea disciplina que representaba.

—Entonces, ¿voy a quedarme sola?

—Indudablemente, amada... es decir, no completamente, pues aquí está mi amigo Jack que cuidará de ti como si fueses su hermana. Pero, eso será corto; estoy pensando una cosa, oye, toda vez que me mandan a las islas Hawái veré de aprovechar el tiempo preparando nuestro nido allá, así cuando tú llegarás todo estará en su punto para recibirte. Tú vendrás con el Almirante y su familia en buque y, como te he dicho antes, Jack cuidará de ti como no puedes imaginarte.

Y volviéndose hacia su amigo, Tony inquirió con los ojos esta confirmación.

—Ya sabes que soy tu amigo — dijo sencillamente y grandemente el hijo del Almirante.

—Pues, ya vea, querida; el

contratiempo es bien leve. Adiós, amor, no puedo perder más tiempo, aquí te dejo con Jack. Hasta las islas Hawái.

Tony besó a Laura en los labios fuertemente y abandonó el restaurante. La enamorada despojada le contempló partir con el corazón desgarrado y los ojos llenos de lágrimas. Una hora escasas que se había metido por los senderos embalsamados de la luna de miel y ya se extraviaba en ellos con el alma anegada en el dolor de una separación absurda y brutal. Ella tan frívola, tan tenue de voluntad, tan diminuta de pensamiento se veía de pronto enfrentada con el rigor de una disciplina que no se conmovía ante la muerte y desdeñaba glacialmente su felicidad.

Jack, que adivinaba todo lo que pasaba en el corazón de la joven, le preguntó sinceramente:

—¿No esperaba usted eso?

—No, no lo esperaba — contestó Laura con profundo desaliento.

—Es sensible. — Y sin ambages, con nobleza de amigo auténtico, Tony la previno. — Confío en que cuando menos no le destrozará su carrera.

Todo tuvo que efectuarse como había dispuesto Tony, y pocos días después, Laura embarcaba en un magnífico buque de guerra, en compañía del Almirante, Adela, Jack y todo el alto personal civil y militar agregado con destino al Pacífico.

Jack la presentó como esposa del conocido teniente Ghilcrist y nuestra joven tuvo a bordo una acogida de menosprecio glacial. Eran muchos los jefes que tenían hijas casaderas y varias las damas con título de señoritas que habían soñado más de una vez en pasarse por la vicaría del brazo del arrogante y reputado teniente y esta destinación les ponía a unos y a otras agracia como una limonada. Por otra parte, Laura había caído entre ellos puro linaje de diplomáticos sin mácula, como un ser bastardo y extraño que ponía en la armonía de la distinguidísima colonia una nota de áspero desentono.

La propia Adela, tan discreta y estoica, no pudo evitar penerle un cerco de marcada hostilidad. Sólo Jack la distinguía con una sombra triste, sino de afecto, de cortesía y respeto durante los momentos en que el deber de prodigarse entre el alko personal que acompañaba a su padre le dejaba libre.

Aquella noche, Laura se sentía particularmente triste, su pensamiento volaba constantemente hacia su esposo, cuyas caricias casi desconocía, y en el irredesistible desasosiego de sentirse sola en una nave en que viajaban un centenar de personas, sentóse maquinalmente ante el piano que había en el salón de juego e inició las primeras notas de una sonata romántica. El salón se

hallaba concurrencioso, los blancos uniformes de los jefes y oficiales y los escotes de las damas y damiselas se agrupaban alrededor de pequeñas mesas de juego combatiendo el tedio. Apenas sonaron las primeras notas del instrumento se hizo un silencio hostil en el salón y todas las cabezas se alzaron para clavarse unánimemente en la joven.

Ella sintió la hipnótica turbación de esta mirada y parando sus finos dedos levantó la vista a su vez. Adivinó tanta hostilidad y desdén a su alrededor que sintió un frío glacial en las entrañas y alzándose con embarazo se enderezó rápidamente a cubierta.

Adela se hallaba presente en compañía del comandante y Jack. Cuando Laura hubo desaparecido, ésta, que vió los ojos de su hermana humedecerse, trató de consolarla, pero Adela le paró la palabra con un ademán doloroso y resuelto.

—No te esfuerces, Jack, ya sé que Tony se ha equivocado y que a pesar de ello esto ya no tiene remedio; pero no creas que me resigno.

Dijo esto con afectado desdén, tratando de ocultar el dolor acerbado de su alma, y levantándose de su silla se encaminó a cubierta. A la luz de la luna vió a su rival sola y triste reclinada contra la borda. Experimentó una extraña mezcla de compasión y de celos, de rabia y de

envidia contra aquella mujer banal que no podía ocultar el desencanto de una soledad que debía enorgullecerla. Ella, que era generosa e inteligente, leía en su hastío no sólo el dolor sincero de la ausencia de Tony, sino también la protesta de sus sentimientos de muñeca mimosa y mimada por los duros sacrificios que le imponía la vida militar. Se imaginó con ilusión amarga gozar de la dicha de ser la esposa de Tony. Cómo llenaría su pecho de orgullo por esa soledad que equivalía a un alto honor que el ministerio ofrecía al joven teniente.

Le asaltaron bruscos accesos de rabia y estuvo tentada de caer sobre aquella muñeca frívola que era incapaz de gozar en el sacrificio en que se forjaba la gloria de Tony. Pero, Adela era generosa y la indignación cedió a la misericordia y a la comprensión; tardó era ya para restituir las cosas tal y como estaban un mes escaso antes cuando ella se creía poseer el único derecho de opción al teniente Ghlierist. Laura era la esposa de éste y ella no habría podido torcer toda la viva realidad por mucho que la cerase su corazón. Pobre Laura... no, por ésta no quería prestarse al sacrificio de sus sentimientos, pero por Tony, sí, debía hacer algo por él, si había perdido su amor que no se malograra su genio. Tenía el deber de estimular

a su esposa, de alentarla, de hacerla entrar en la felicidad que dimana del deber...

Sin poder disimular la honda emoción que la embargaba se acercó a Laura. Ésta no hizo el menor movimiento, se habría dicho que la presentía y quizá la esperaba. Por su respiración intensa comprendió que estaba vivamente emocionada y esto calmó inesperadamente su dolor.

—Laura —la llamó con voz apagada—. Hace muchos días que quiero hacerle una confesión. He tenido la resistencia de esperar hasta hoy, pero ya no es posible que usted y yo vivamos más en el secreto de mis sentimientos. Antes de que Tony la conociese a usted yo le amaba con toda mi alma y esperaba ser su esposa algún día...

Laura cerró los ojos y alzó la cabeza lentamente como al quisiese apoyar el peso de su dolor en el rayo de luz que la luna le enviaba como un nimbo; mas no dió muestras del menor estremecimiento y al cabo de un instante respondió sin mirar a Adela.

—Lo suponía.

La hija del Almirante creyó deducir por esta respuesta el motivo de la inesperada serenidad de la joven y también la causa del trato esquivo que le había dispensado siempre.

—¿Se lo ha contado todo Tony?

—No; en el poco tiempo que

nos conocemos no hemos hecho más que hablar de nuestro amor; o que se leen en los más nimios detalles... yo también le amo a Tony.

—Y, sin embargo, su corazón parece muy triste.

—¿Cómo quiere usted que sería? Apenas ha tenido tiempo de mirarme, después de casados.

—Usted será muy desgraciada si no cambia. A mí esta ausencia de Tony, de tener la dicha de ser su esposa, me habría causado una alegría sin límites, habría pensado y comprendido que son rigores del deber de un militar, cuyo fiel cumplimiento ha de traerle el triunfo.

Laura miró a Adela y moviendo la cabeza con profundo desaliento declaró sinceramente:

—Tony habría ganado casándose con usted.

Adela no pudo evitar un estremecimiento, pero se apresuró a responder:

—Ya no es tiempo de hablar de eso, usted es su esposa, esta es la realidad y hay que atenerse a ella. No amargue su existencia con melancolías ni enojosas banalidades, muéstrese animosa siempre, hágale feliz, yo se lo ruego.

—Gracias por sus palabras, Adela; trataré de sobreponerme.

—Se lo pido por él. Siempre que necesite algo a este respecto acuda a mí y prometo ayudarla

con todas mis fuerzas y mi voluntad.

Laura apretó la mano de la hija del Almirante entre las suyas con hondo reconocimiento, notó que temblaba y pudo observar que su serenidad era sólo aparente. Pero la sensación de este dolor ajeno y la conciencia de saberlo existente por una causa de la que ella era única y soberbia triunfadora avivó la llama de su vanidad femenina y al resplandor de ésta en su corazón ilumináronse nuevamente la alegría y la dicha. Repentinamente la luna le pareció menos pálida y melancólica, y aquella noche soñó en los destinos resplandecientes de un titán que, llevándola a ella en brazos, coronaba las cimas más elevadas de la celebridad. Este titán era su adorado Tony.

CAPITULO III

El paraíso de un aviador

Al llegar la cañonera a la isla, Tony había veinticuatro horas que aguardaba. Al ver a su marido adorado, Laura vió disiparse todas las brumas de su espíritu y cuando sintió la presión de sus brazos apretaría contra su pecho creyó que sus recientes congojas no habían sido otra cosa más que una pesadilla infernal. Fue un

beso tan prolongado y ardiente que la trastornó y el amante teniente tuvo que llevarla al coche en brazos, medio desvanecida de felicidad.

—No vayas a morirte, Laura mía.

—Soy tan feliz, amor mío.

—Bien, pero no mueras.

—¿Qué importaría eso teniéndote a mi lado?

—Mucho, vida mía; yo podría pensar que te he matado y esto sería terrible.

—Morir en tus manos, ¡qué felicidad! Todo es preferible a volver a vivir alejada de ti otra vez.

—¿Has sufrido mucho?

Se habían acomodado al coche. Laura colgó sus brazos al cuello del teniente y plegando los labios en un mohín de mimo doloroso respondió:

—Mucho, Tony, muchísimo más de lo que puedes figurarte. Todos me odian aquí.

—¡Bah!, no seas tonta, mujer. En todo caso todo eso ha terminado, ahora ya estás a mi lado, en mi paraíso y nada te volverá a separar de mí.

—Poco después de habernos esaaado me dijiste eso mismo —insinuó Laura, mirándole con el rabillo, afectando enojo—, y ya ves...

Tony se mordió la lengua y estiró el cuello con cómico disimulo, mientras buscaba alguna idea que le rehabilitase a los ojos de su mujercita.

—Lo he preparado todo, te aguarda una casita poética en un lugar de ángeles; verás cómo no he perdido el tiempo... ¡ah! y creo que no te he dicho aún una cosa muy importante.

—¿Cuál? —inquirió Laura vivamente interesada.

—Que me han dado el mando de una escuadrilla de bombarderos.

—¿Eso es tan importante, Tony mío? —preguntó la joven con visible desencanto.

—Naturalmente, mujer, esto significa que mi carrera va para adelante...

—Todo eso me da mucho miedo, esposo mío —dijo Laura con un suspiro, volviendo a sus dudas y temores.

Y quedó triste y pensativa. Ella quería un marido aviador, sí, que fuese muy admirado por sus hazañas, que andase para la fama, sí, que conquistase celebridad universal, que fuese en fin, el único, el as, pero... pero, que no volase nunca; esto la aterrorizaba, podía caerse un día con uno de aquellos armatostes estrepitosos y dejar en ello la vida... La verdad es que los aviones le hacían maldita la gracia.

Al advertir su tristeza, Tony se calló unos instantes con solemnidad y luego, bruscamente, con muy buena fortuna de su natural gracejo, le echó la boca por el oído y exhalando cómicamente un rugido cavernoso de ogro comedor

de mujeres le mordió una oreja.

—¡Ay!, que susto, tonto — exclamó la joven, saltando un chillido gracioso de terror feliz.

El ingenioso ardid dió el resultado apetecido. Laura le besó enajenada, y volvió por sus buenos pasos del buen humor, no saltándolo hasta llegar a la Base Naval de la isla.

—¿Qué te parece esto? — exclamó el teniente, entusiasmado, saltando del coche y señalando las soberbias instalaciones del campo de aviación.

En este momento una escuadrilla despegaba para efectuar un vuelo de estudio, y otra se disponía a aterrizar. De pronto, una de las avionetas roncó de una manera particular y desacostumbrada, y tomando bruscamente inclinación recta hacia abajo precipitose como una flecha contra el suelo, con un estrépido escalofriante.

Laura saltó un grito horrorizado y ocultó el rostro en el pecho de Tony para no ver la avioneta zimbada que se había convertido en un montón de hierro y del que salía una humareda densa y negrusca estriada de rojas llamas.

—¿Qué es eso, Tony?

El teniente estaba intensamente pálido y respondió, renunciando a ensayar una frase que podría tranquilizarla.

—Ha tomado tierra demasiado inclinado y no ha podido dominar el aparato.

Un pensamiento horrible pasó por el cerebro de Laura y mirando a su amado con los ojos dilatados por el terror exclamó.

—¡Oh, y eso podías haberte ocurrido a ti igualmente.

—No temas, amor; yo soy más cuidadoso... vamos, no pienses más en eso.

Con la huella honda de este zarpazo en su ánimo, Laura siguió a su esposo que la condujo por una planicie que moría en la mar. La escuadrilla de aparatos que hacia un momento había despegado volaba por encima de ellos, atronando el cielo con su ronquido ensordecedor. Las facciones de Laura se congestionaron por efecto de la penetrante vibración y miró al espacio: doquier aviones, al sur, al norte; una patrulla avanzaba en formación de cuña. La disciplina y el peligro de la muerte lo llenaban todo. La joven avanzaba con el corazón oprimido, apretada del brazo de Tony, nerviosa. Ella ansiaba otra luna de miel; no, esto no era un paraíso, como había asegurado su maridito... una música de violines buenos y espirituales tañendo en el comedor de un hotel de lujo de Europa, o en la Opera de Paris habría entrado más gratamente por sus ansias y sus ambiciones de frívola desposada.

Un grito de entusiasmo salido de la boca del teniente la relevó de sus tristes pensamientos.



Laura se vió rodeada de una corte de admiradores.



— Que cosa más extraña, que rara es la vida — exclamó Tony.



Ante la mirada penetrante del gallardo aviador, a Laura le tatio el corazón con violencia.



En una rápida ojeada, Laura abarcó el conjunto. El alma se le deslizo por las pies. ¡Ella que había soñado con un polaco!



— ¡Atíxal! — saltó Tony con alborozado estapor mirando al interior del plano — ¡Es un ratón!



— Mi esposo es Teniente de aviación — prosiguió Matilde.



Jack comprendió cuán sincero era el dolor que sentía la esposa de su querido amigo.



El ruido del motor del avión no tardó en llegar hasta ellos.

—¡Ahí la tienes, mírala, mírala qué gallarda.

Esto diciendo señalaba una casita de dos cuerpos que alzaba su hechura grácil en medio de la llanura.

—¿Nuestra casa?

—No, di mejor, nuestro nido — rectificó Tony, desbordante de alegría — La he obtenido por doscientas pesetas al mes siendo casado; si hubiese sido soltero, o viudo, doscientas cincuenta.

Exteriormente la casa no parecía despreciable. Era de tabla y sus proporciones eran más que regulares. Estaba enclavada en la llanura árida y arenosa, que se prolongaba hasta la mar.

En el portal apareció un joven que vestía el uniforme blanco de los aeronáutas; sus ojos eran francos y risueños y sus facciones sencillas y agradables.

—Ea Ritter, mi asistente — le presentó el teniente —. Desde este momento queda a tus órdenes y está segura de que procurará servirte en tus menores deseos. Cuando yo falte no tendrás más que ordenar y él obedecerá.

Seguidamente nuestra pareja penetró en la casa. En una rápida ojeada, Laura abarcó el conjunto. El alma se le destrozó por los pies. ¡terrible desencanto! ¡Ella que había soñado un palacio! A la sazón se hallaría desocupada desde mucho tiempo y la patina parda del polvo venía a añadirle a los muebles un más

derrotado aspecto de miseria.

—¿Qué te parecen? — exclamó Tony, entusiasmado.

En su doble circunstancia de lego en la materia y despreocupado por condición de sexo, todo se le antojaba deslumbrante y capaz de despertar los mejores entusiasmos de Laura. Esta trató de dominarse, logrando sonreír con tristeza y asentir con voz ahogada.

—No está mal...

Tony se lanzó por todos los departamentos, presentándole uno tras otro, aparatos y utensilios.

—Ahí tienes la cocina; espléndida ¿no?

En efecto, al levantar las tapas de hierro, Laura vió que se hallaban partidas por la mitad y el recipiente roto por dentro. Pero, asintió con un afectado movimiento de cabeza mientras se bebía una lágrima.

—Admira el refrigerador; ¿tu has visto alguna vez cosa parecida?

—No, realmente en mi vida había visto cosa igual — respondió la joven, comprobando que no tenía piso y la puerta pendía de una sola bisagra.

—¡Ah!, pues, ya ves, una maravilla. Es la casa mejor de la isla... es decir, la mejor de la isla de su tipo; claro que las hay de más precio, pero, no creí conveniente alquilar una mejor. ¿No te parece? Está muy bien; y todavía no lo has visto todo. Ven conmigo.

Desbordando entusiasmo, el joven teniente condujo a su esposa ante una puerta pequeña y ajada.

—El comedor — anunció solemnemente, al tiempo que la abría.

Laura se halló ante un verdadero cuchitril en medio del cual había una mesa tan exigua que apenas lograría mal acomodar a dos personas de menguada constitución. Debó leer algún síntoma de grave desencanto en las facciones de su bella, el bravo teniente, porque tomando aires graves de experimentado y juicioso jefe de familia, añadió:

—Quizá sea algo pequeño, pero, supongo que tú y yo cabremos en él. Cuando aumentemos la familia veremos si hay que cambiar algo.

Y pasaron al salón. Laura apreció al instante el estado de las butacas y demás muebles que lo llenaban, nada desentonaba del resto del ajuar, sus dedos se metieron inopinadamente en el enorme sítio que una de las confortables ostentaba en su pringoso respaldo. Al dejar caer su brazo con desencanto sobre un pedestal de tabla, éste se inclinó con el búcaro que sostenía, faltando poco para venir al suelo y hacerse en mil pedazos.

Todo se sostenía por milagro en aquella casa, y Laura alzó instintivamente los ojos con el vago

temor de que la techumbre se viniese abajo.

—¡Ahí está el piano — exclamó, finalmente, Tony con aire de triunfo—. Es un detalle que no he omitido, pues, conociendo música, durante las horas de soledad te hará las veces de un fiel compañero.

Precipitose al asiento con alborozo y probó algunas notas.

—No te preocupes por la sonoridad, sería posible que estuviese algo desafinado.

Quando se disponía a iniciar una sonata, inesperadamente, el piano cantó por sí mismo en un tecleo rápido y leve desde la nota más grave a la más aguda, como si un duendecillo metido en su interior hubiese hecho una escala con la punta de su alma en pena.

—¡Atisa! — soltó Tony alborozado mirando al interior del piano—. ¡Es un ratón!

Laura exhaló un chillido de terror y se encaramó aparatosamente en una silla.

—No te asustes, mujer, al contrario; ve por donde vas a tener hasta compañeros animados. Esto será delicioso.

Incapaz de imaginarse las tribulaciones que embargaban el ánimo de su esposa, Tony soltó el trapo de la sonora y gusosa riza y corriendo a donde estaba Laura la tomó en sus brazos, besándola apasionadamente y estrechándola contra su pecho. Pásole

luego en el suelo y sin dejar de besarla dijo con brusco estupor lleno de nostalgia.

—¿Sabes en qué estoy pensando? En una cosa muy curiosa: llevamos un mes de casados y treinta días de separados.

—He contado los días uno tras otro —confeso Laura con un suspiro y pegándose al pecho de su amado con escafofrías—. No podía resistir otra prueba igual.

—Eso ya pasó... dime que estás contenta, que te sientes feliz. ¿Verdad que te gusta la casa? Dímelo con sinceridad —rogó Tony.

—¡Decírselo con sinceridad! El primer impulso de Laura fué el de confesarle que estaba aterrada, confusa, desconcertada, el de decirle que ella soñaba en un palacio y en las comodidades de una servidumbre numerosa y galoneada como la habían educado sus tíos, darle a entender lo hondo y terrible de su desencanto. Pero, se continuó, no debía ser sincera, mentiría aunque sólo fuese por una sola vez, la verdad profunda e inmortal de su amor andaba en compensación.

—Si me gusta mucho, mas a condición de que no me dejes más.

—¿Qué voy a dejarte! No, alcanzado mi traslado y mi cambio de escuadrilla, mi vida puede decirse que está definitivamente afinada en esta bendita tala que

precedirá nuestra infinita luna de miel — afirmó el teniente, besándola bulliciosamente.

Y Tony pudo cumplir por algunos días su palabra. Vino en su ayuda la forzosa inactividad que comportaba la reordenación de todos los servicios. El alba y el ocaso sorprendían invariablemente a los dos felices desposados en el éxtasis de su adoración, echados en un diván, uno junto al otro acariciándose y diciéndose las tonterías más deliciosas en medio de una expectación que les sorprendía a sí mismos cuando volvían en sí de sus prolongados arrobamientos. En esta actitud era cuando Laura olvidaba las inconveniencias de la cocina rota, del refrigerador arruinado, la miseria del comedor, los zetes del paño de las butacas y las escalas fantásticas del terrible ración y cuando era capaz de escuchar las conferencias que Tony le enfilaba sobre técnica aviatoria hasta con sincero deleite.

—Debo aburrirte con mis explicaciones —soñaba a veces, bruscamente, el joven aviador como despertando a la realidad—. Naturalmente, ¿qué habrá de importarte a ti la aviación?

—Cállate la boca, por Dios, tortin; al todo eso me encanta. Sigue, sigue.

—Decía, que en primer lugar lo que interesa al bombardero es precisar la altura del objetivo

qué debe atacar para calcular el momento matemático en que tiene que soltar la bomba... bueno tú verás esto mejor con una lección práctica. Espera, tú quédate tendida en el diván como si fueras un cañonero enemigo que navega a toda velocidad por mares de guerra; ahora imagínate que yo soy el bombardero que te he descubierto y baja como una flecha.

Haciendo y diciendo, usando de la misma candorosa ingenuidad de un muchacho imaginativo que juega a la guerra, Tony se puso un cojín en la boca amarrándolo fuertemente con los dientes como si aquél fuese una bomba y éstos los garfios que la detienen en la cabina depósito del avión, e imitando el ronquido penetrante del motor extendió los brazos a manera de alas y se echó a volar. Se entenderá bien, que el gallardo teniente se guardó de volar como de poner los morritos al fuego, y que lo que hizo únicamente y graciosamente fué saltar sobre el diván en que «navegaba» cara arriba la fascinadora «cañonera» y entre resoplido rugiente de motores dejar caer la bomba, esto es, el cojín. Laura lo recibió en la cabeza entre estrepitosas risotadas y revolviéndose como una auténtica nave de guerra atacada. Pero, como si por causa de la herida, los Dioses la hubiesen transformado en una sirena, se alzó

bulliciosamente, devolvió el cojín al avión, esto es, a Tony, y chilleando se echó en su persecución. Por un instante el salón se convirtió en el patio de un colegio lleno de chiquillera revoltosa en el que sonaban cantarinas, frescas y dichosas las risas de Laura, y estrepitosas las explosiones alegres de Tony.

Estas expansiones de la joven pareja concluyeron, casi invariablemente, en un beso prolongado y sonoro y en las más ardientes reiteraciones de amor.

Así la vida, Laura vivía con sus pies de hada puestos sobre una nube ideal navegando por espacios de ensueño. Si carecía de comodidades tenía sobrante de amor, y ya iba pensando que a cambio de que esta felicidad se eternizase, ella daría gustosamente las reuniones sociales, los cines, los restaurantes y toda la vida de ciudad. Tanto llegó a hacerse con esta idea, que vino al punto de olvidarse de que su Tony era aviador y estaba de servicio en el Pacífico con mando de una escuadrilla de bombarderos. Por esto, cuando ya reorganizados los servicios, el bravo teniente fué llamado a una operación estratégica en las célebres maniobras, que se hallaban todavía en su apogeo, y vió y oyó a los aviones que mandaba él por el cielo de la isla primero y perderse en lontananza después, le pareció que

desperaba de un dulce sueño para hallarse en una amarga realidad.

Aquel ruido atronador, estridente, como el de un moscardón colosal que rondase una pantalla enorme, le producía una irritación insostenible y furiosa, una rabia y un desasosiego que no podía dominar.

En la primera ocasión que esto aconteció cuando, después de haber observado a los aviones desde la ventana, se disponía a empezar alguna labor en que distraerse, oyo que llamaban a la puerta. ¿Una visita? Laura corrió a abrir hallándose en presencia de una mujer algo mayor que ella pero todavía joven y linda, de modales distinguidos y mirada triste y aburrida.

—Me perdonará usted la intrusión —la saludó con sonrisa indolente—. Soy su vecina; he sabido que habían llegado ustedes y he querido tener el gusto de presentarme.

—¡Oh! el verdadero gusto lo siento yo en conocerla — se apresuró a responder Laura, animada por la idea de poder conquistar-se la simpatía de una nueva vecina espontánea y amable.

—Mi esposo es teniente de aviación —respondió la vecina con un dejo de fina ironía aburrida—. Y yo sé bien lo que es el «sacrificio» por el bien del marido; lo que es la heruicidad de una carrera brillante del marido...

¡Ah!, ¿hace dos meses que están casados ustedes? Supongo que todo estará como al principio de la boda... Aquí se atracaará usted de sacrificio... y de aviones.

Aquella mujer se llamaba Matilde y su vida era un caso que se podía parangonear con el de Laura: fina, delicada, de familia pudiente, acostumbrada al confort y a los bailes, frívola, despegada, inadaptable, en fin, un caso completamente desgraciado y perdido en aquella isla desierta y sofocante. Traía a su maridito trastornado con sus constantes explosiones de mal humor y sus exigencias de que solicitase el traslado al continente y estaba ya al borde de dar al traste con su carrera. Pero, a ella esto no le importaba con tal de que saliese con la suya, o quizá ni pensaba en ello, ofuscada e imperiosa como buena alumna femenina, por sus caprichos y deseos.

Laura se sintió instintivamente reflejada en ella y lejos de halagarla aquella visita le comunicó un extraño escatofrio de esparto. No halló en Matilde más que sarcasmos, despeño y melancolía, y un punto común de sino nada tranquilizador. La tomó cariño, no obstante, como buena romántica, por el profundo desencanto que reflejaban sus ojos y, en fin, por la identidad de pesares que las embargaban a las dos.

CAPITULO IV

La primera nube

Ha querido el Todopoderoso que el brillo del sol, fuese alternativamente velado por franjas grises oportunas de nubes, y la pareja Tony-Laura no podía ser una excepción. Un calor continuado concluye por sofocar y matar, y el amor, que no es en el fondo más que una llama loca y por tanto ciega y mortal, ha de tener forzosamente una atenuación, aunque pasajera, no menos regular y total, que según las circunstancias y la billa de los interesados puede tomar la forma de un capricho banal, de una terquedad imbécil; y es sumamente curioso cuando toma, y esto es frecuente, la de un plato lleno de sopa que después de volar un instante y sembrar el espacio del comedor de una vía estelar de macarrones, se engasta en la cabeza dura y terca de la aimbarada esposa, o bien la de algún chirimbolo de la cómoda que, arrojado por la mano diminuta y ¡ay! tan delicada y blanca de aquella, motea el ojo del cónyuge de cardenales.

A nuestra encantada pareja había de llegarle el primer topetazo en forma de una terquedad de estrarobos. Y esto ocurrió una tarde en que todos los miembros de la colonia debían acudir a una recepción que se celebraba

en casa del capitán de la escuadrilla de Tony con motivo de una suscripción a favor de la familia de un teniente llamado Blainez, que había muerto hacía pocos días en acto de servicio.

Era la primera recepción a que acudía nuestra pareja y es por demás indicar cuánto convenía que ésta se dispusiese a sentar en ella un tono de distinción y elegancia. Entendiéndolo así, Laura se vistió un precioso traje de sociedad que realizaba graciosamente su hermosura. Al ir a abrocharse se acordó de que no tenía camarera y como esto era por culpa de su esposo, quiso hacérsela expiar; al afecto, saltó de su alcoba y presentando la espalda al bizarro teniente, ordenó con mimoso ademán:

—Abróchame.

Tony se dispuso gustosamente a obedecer, mas al clavar los ojos en la espalda de la joven, hizo un brusco movimiento de cabeza como si esquivase una avispa que rondara su nariz y torció la boca en una mueca de disgusto. Atira con el escote; la ebúrnea espalda de Laura aparecía totalmente al descubierto. Era una exageración que no se extendía, afortunadamente, por las preciosas partes bajas anteriores de la estatua, pero que aun limitándose nada más a lo posterior, bastaba para señalar a un indiscreto espectador los puntos aproximados que el egolismo, el

derecho y esa especie de sentimiento que bien pudiéramos llamar «amor propio marital» de un esposo, quieren reservarse exclusivamente para sí. Porque, preciso es confesarlo, el escote de marras traiciona las fronteras de la cintura para meterse por las lindes de una bien expresiva protuberancia carnal.

Tony se atusó el mentón. Una cosa glacial recorrió sus entrañas subiéndole por el rostro y haciéndole silbar los oídos; eran los celos. Oír, no, esto no lo podía tolerar, que Laura se mostrase casi entera en público era un insulto para su honor de galán que alardea de haberla conquistado única y exclusivamente para sí. Los labios de Laura eran suyos, para él, y también la espalda, vaya que sí, como todo lo demás, ¿quién se lo iba a discutir? De tener que contravenir este sagrado principio no hubiera valido la pena de que se dejase atar a sus faldas con el fuerte vínculo matrimonial. Era sólo para él, bien claro había quedado comprometido en las gradas del altar; si se mostraba en público semidesnuda, ¿qué quedaba de exclusivo para él? Claro que siempre resta algo... pero, en fin, que vaya, que no podía ser...

—Oye... Laura —barbotó algo espantado— ¿No crees que eso queda algo exagerado en el escote?

La niña se volvió, inesperadamente, amoscada.

—Tony, ¿qué te ocurre?

—¿Qué voy a decirte...?

—Me ofendes con tus remilgos. ¿No sabes que este es el traje que llevaba cuando me conociste?

—Sí... no lo dudo, ese será; realmente es delicioso, pero, ¿sabes?, es el caso que la esposa del capitán es algo anticuada y si llega a verte así es capaz de dar un espectáculo.

—Pues, o vamos con este vestido, o no vamos a la recepción —respondió Laura con las facciones congestionadas por la ira.

Tony, ante aquel primer desplante, quedóse por algunos momentos confuso y desorientado. Realmente la niña se había puesto inflexible y en sus ojos chispeantes se leía un ciego y denonado propósito de imponer descaradamente su capricho. Esto ya era demasiado, ¿acaso no era él el jefe de familia? El orgullo, tan vulgar y, sin embargo, tan auténtico y universal, de sentirse portador de los bizarros pantalones, se le echó por las arterias que riegan el cerebro, enrojeció, braceó como un energúmeno, y saltó al fin:

—¡Pues, no se irá a la recepción con ese vestido!

—¡Ni falta que me hace! —respondió la fierocilla en el mismo tono intransigente.

—Ni a mí tampoco, y como

aquí mando yo puedes retirarte a tu alcoba cuando quieras y quitarte esa monstruosidad indecente.

Laura penetró en su cuarto, poniéndote al teniente la puerta por las narices. Sentóse enfurruñada y encendió un pitillo con despecho, esperando, orgullosilla, que Tony viniese a reconciliarse.

Pero el bravo teniente, al que habían despertado súbitamente todas las potencias de cabeza de familia con el consiguiente sentido de su sagrada y severa autoridad hizo lo propio, sentándose en el pasamano de un sillón.

Las hostilidades duraron poco. Había mucho amor en ambos y el deseo de arrullarse venció pronto al exacerbamiento de las pasiones. Laura entreabrió la puerta, Tony sintió una alegría brincadora en su pecho y precipitándose hacia ella tomála en sus brazos y la besó.

—¿Qué tontos hemos sido! — exclamó con dejo sincero de auto-represión.

—Y tal; pelear por una tontería.

—Vístete el traje que quieras — concedió el teniente con ternura.

—¿Sabes que he pensado? Que no vamos a la recepción. Si lo que allí nos llama es la suscripción por la familia de Blaines, nos limitaremos a cumplir nuestro deber entregándoles mañana la cantidad con que decidamos

contribuir a ella. ¿No te parece? Así sanjamos nuestras diferencias partiendo los razonamientos por la mitad.

—Tienes razón, vida mía, nos quedamos con la mitad de razón cada uno y no habrá por qué llamarnos luego a vencidos ni vencedores.

—Pero con una condición — impuso inesperadamente Laura, colgándose al cuello del teniente y enfurruñando los labios en un mohín de niña traviesa.

—¿Ya?

—Buena, no te enfades... ¿Por qué no damos algún día una vuelta por ahí? ¿No crees que mi vida se parece a la de una cautiva?

—Es cierto; vaya, mañana iremos al Escudo a comer.

—¿No me engañas? — pidió Laura, brincando de júbilo.

—Te lo prometo.

Tony se había alegrado tanto de su espontánea promesa como la propia Laura, hacía ya tanto tiempo que no gozaba de una noche de frivolidad que esa que se había otorgado le produjera un cosquilleo delicioso de ilusión.

Con cuánta ansia aguardó, al día siguiente, a que anocheciera. Pasó toda la tarde en las oficinas de la Base Naval en compañía de Jack; como si la providencia velara por su felicidad, a pesar de que las maniobras proseguían, el día había transcurrido en completa calma. A las seis en punto

pegó un salto de gozo y descar-gando un fuerte espaldarazo a Jack, exclamó:

—Hoy llevo a Laura al restau-rante. Adiós, Jack, hasta ma-ñana.

Calóse la gorra y empujó el pasamano de la puerta para salir, pero en este mismo momento apareció un ordenanza, dicién-dole:

—El Almirante le llama, teniente Ghilerist.

—¿A mí? — preguntó Tony con una mueca de mal humor.

—A usted.

Penetró el teniente en el des-pacho del Almirante y escuchó, aterrado, estas palabras:

—Teniente Ghilerist, se han captado unas señales sospecho-sas y hay que partir inmediata-mente con la escuadrilla. Ya sabe usted que tengo un especial em-peño en ganarme la victoria en estas operaciones. Sospecho que estas extrañas señales sean el producto del ingenio del jefe de nuestros adversarios; espero, pues, que usted no regresará hasta haber descubierto su proceden-cia. Le ordeno para ello el más absoluto secreto; no diga usted a nadie adónde va ni a qué va. Puede usted retirarse.

Tony quedó anonadado. ¿Qué debía decir a Laura? Valiente contratiempo; y era el caso que no podía ni llegarse a casa para excusarse. Se echó por la cabina telefónica, cerrando con un es-

trépito soportoso que acusaba su viva contrariedad.

Al oír su llamada, Laura acu-dió al teléfono. Se hallaba ya ves-tida, gozosa, con el alma que le resumaba por los ojos de pura fe-licidad. Qué noche iba a pasar, la primera en que saldría cogida del brazo de su Tony. Al llamar el teléfono se hallaba pensando que ya sólo faltaban pocos mi-nutos para que su teniente lle-gase.

La comunicación de éste la dejó por algunos instantes muda y como petrificada. ¿Oía bien? ¿Ni esta noche podía salir a dis-frutar de un goce inocente, sólo por dos o tres horas?

—Tony —dijo con palabra tré-mula por la emoción—. Tú me engañas. Vamos, no me embro-mos. Di que vienes en seguida... si ya estoy vestida...

—Te digo que es imposible, mujer. He de marcharme ahora mismo, asuntos de servicio.

—Pero, ¿adónde?

—Tengo órdenes de no decia-rarlo a nadie, no te lo puedo de-cir.

—Soy tu esposa, Tony.

—Ni que fueses mi madre; órdenes son órdenes y esto es muy serio.

—Absurdo... tanto secreto es ridículo — protestó Laura con dejo despreciativo y despechado.

—Lo que tú quieras, hija, mas es así... bueno hasta pronto.

Duerme bien, amor. Saldrémos otro día, ¿verdad?

Laura no tuvo alientos para articular una respuesta. Colgó el auricular y se abandonó con desaliento en el diván. Esparció una mirada por el salón, ajado, triste, y le invadió un frío glacial, tuvo la sensación de que infinitos puñales acerados la acosaban, la punzaban acorralándola en el rincón en que se hallaba. ¡Qué desolada era aquella casa, qué triste la isla! Por una de las ventanas, abierta a la luna, penetraba el aire sofocante y húmedo del clima tropical. El moscardón penetrante de los aviones sonó al exterior, llenó el espacio, se acercó hasta hacer retemblar la casa y ensordecerla.

Laura se acercó a la ventana y vió perfilada en el cielo, negra en la contraluz lunar, la escuadrilla de Tony que tomaba rumbo al mar. Se apretó las orejas para no oír, aquel ruido la enloquecía, la volvía furiosa, rabiosa; lo odiaba. Por causa de aquellos monstruos que stronaban el espacio y cuya finalidad ella no quería comprender y tampoco le importaba, tendría que sacrificar el gozo de una velada, de la primera velada de solas social.

Cuando más absorta se hallaba en sus tristes cavilaciones, el piano dejó escapar una escala rápida y leve de todo su teclado. El ratón se trasladaba de sitio. Laura soltó un chillido de terror

y se adosó a la pared, dispuesta a echarse al exterior si el minúsculo y terrible roedor tuviese la ocurrencia de mostrarse en el salón. Afortunadamente no fue así y nuestra desgraciada heroína se echó, abrumada, en una butaca tratando de sumergir su desgracia en la lectura. Ni esto pudo hacer; Tony era aficionado a leer novelas truculentas y los títulos de cuantos libros le venían a la mano traían los títulos más escalofrantes: «El asesino invisible», «Las aventuras de una muchacha en una noche de terror». Laura estaba, helada de espanto.

Al fin, pudo conciliar el sueño y no despertó, afortunadamente, hasta bien entrada la mañana. Tony no había regresado todavía.

Llamó a Ritter, su asistente, y se hizo acompañar, como solía, a la tienda. Era ésta una especie de campo atrinchorado de tomates, pifias, bananas y botes de conserva, en medio del cual se sentaba el amo, el único guerrero, un hombretón obeso y calvo, de manos regordetas plegadas con beatitud sobre el grueso abdomen, faz cansada y ojos pillos, que movía indolentemente con la punta del pie un gran abanico de papel festoneado con tijera que pendía de su cabeza.

Este personaje era tan pagado de la holgazanería tropical y fiel a sus cánones de la gaudulería, que hacía servirse los clientes a

si mismos, señalándoles el sitio en que se encontraba la mercancía sin moverse de su sillón de mimbre. Sólo saltaba con una vivacidad sorprendente cuando al pesar los tomates el cliente dejaba deslizar alguno de más, fuese inconscientemente o bien premeditadamente. Era, realmente, un caso muy interesante.

Laura asistía a todo este rito del fresquísimo comerciante con la indiferencia que engendra la costumbre y ya satisfecha el importe de sus compras, dispuesta a salir de la tienda, cuando en la puerta apareció una figura gallarda que le arrancó una exclamación de sorpresa.

—¡Gregory!

En efecto, su antiguo y derrotado pretendiente se hallaba allí, elegante, mostrando su sarta purísima y perfecta de dientes en una sonrisa cuya personalísima luminosidad maliciosa y flemática.

Laura no experimentó la menor contrariedad ante esta inesperada visita, por el contrario parecióle que con aquellos ojos de Gregory en los que en una mirada rápida, llena de viva intuición femenina, vio todavía asomado el resplandor del afecto había llegado a la talis un rayo de aquella luz extinguida que ella irradiara triunfalmente por los salones de sus tías. Sin reflexionar las consecuencias exteriorizó su alegría con la misma

ruidosidad espectacular de sus tiempos de soltera.

—¿A qué debo esa agradable visita en tierras tan exóticas?

—Y en la propia tienda — detalló el bizarro joven, halagado por las promesas que representaba aquella efusión.

—Eso, eso es lo que no me explico.

—Es claro: he preguntado a tu vecina y me ha informado de todas tus costumbres.

Gregory tuteaba a Laura bruscamente como sólo se había permitido tiempos atrás en breves minutos de intimidad en los que la esporádica expansión de su pretendida le hacía augurar su próxima caída.

—¿Y qué es lo que te ha llevado por aquí?

—Mi corazón — respondió Gregory con audacia, mirando fijamente los ojos de Laura.

Esta sonrió sin estremecerse y replicó con naturalidad:

—Hay corazones tontos.

—¿Lo crees?

—Estoy segura de ello — prosiguió la joven con ironía compasiva —. Tú caso presente es una buena muestra de ello. Todavía tienes esperanzas y yo ya estoy casada.

—Y sola — dijo el joven con malévolos intenciones, escrutando la frente de Laura.

—Sí, eso es verdad... bueno, dejemos eso...

—No, no, he venido precisa-

mente para ocuparme de esto. Me duele el alma que estabas triste y yo quiero terminar eso. Tu marido tiene mucho que hacer, yo conozco la profesión militar...

—Es inútil, Gregory; perteneces a mi marido.

—¿Por qué, entonces, tienes que conformarte con su asistente?

—Tony está de operaciones.

—Y tú te aburres —aseguró Gregory con vivacidad, dispuesto a aprovechar la ocasión— Voy a invitarte al Escudo esta noche.

—No, no me esperes; hay aquí muchas malas lenguas y muy desocupadas.

Laura dijo esto insegura, arrastrando las sílabas con indolencia reflexiva. Realmente sería delicioso salir esta noche. La anterior debía hacerlo en compañía de Tony, éste no volvería, quizá, hoy ni mañana. Con la ilusión que sentía de pasar una velada al estilo continental. No sería ningún pecado, una cena con un amigo, conversación correcta, diálogo animado, pero honesto. Laura entornó los ojos, había caído una gasa sutil sobre su voluntad, sólo le aguijoneaba los sentidos la voluptuosidad vaga de las luces del restaurante, el reflejo cegador de los espejos, las risas...

Gregory adivinaba cuanto pasaba por el espíritu de la joven, y añadió:

—Te prometo una velada perfecta, pues iremos al Escudo des-

pues de haber cenado en mi yate. —¿Has venido con el yate? —preguntó Laura con los ojos relampagueantes.

El apuesto galán, instintivo psicólogo a fuer de conquistador, había observado que el yate ejercía en Laura un atractivo irresistible; cada vez que le ofrecía pasarla en él, o bien la invitaba a una fiesta a cubierta, los ojos de la joven despedían un brillo indefinible, mezcla dulce de ignotas melancolías, vagos ensueños y ansias secretas de aventura.

Va no supo excusarse ni eludir la invitación abiertamente, deslumbrada por la perspectiva de una velada que, bajo las luces cenitales del trópico, tendría un encanto particular. Estuvo retozando todavía un rato con su ex pretendiente, y luego despidiéndose de él con promesa de «estudiar» su invitación regresó a su casa.

Tony se hallaba aguardándola ya. El muchacho había regresado de su viaje de operaciones y después de haberla llamado inútilmente varias veces por la casa con el deseo febril de besarla, que la ausencia había acrecentado en grado sumo, se había sentado y puesto a fumar sin poder dominar, además del consiguiente desencanto, un desazonado sentimiento de sorpresa por tan inacostumbrada ausencia.

—Hace media hora que estoy

esperándote — exclamó al verla aparecer, con acritud incontentable.

Laura no estaba en disposición de entender sutilidades psicológicas, tenía el alma llena de los graznidos altivos del grajo de la vanidad, que en campo femenino halla tan sonoros ecos, y sin intentar medir el daño que iba a hacerle a la dignidad masculinísima del joven teniente, replicó añadiendo un mohín de infatuada coquetería:

—He pasado un rato agradableísimo. ¿A qué no sabes quien ha venido a verme?

Laura se irguió ante el movimiento indiferente de los hombros de Tony, y prosiguió:

—Pues, Gregory.

—¿Ese que te pretendía? — preguntó el teniente poniendo la mirada hosca repentinamente.

—Exacto, ese ha sido.

El joven teniente contrajo las quijadas con viva nerviosidad y palideció ligeramente; hasta este momento no habría sabido explicar qué cosa martirizante pudiesen ser los celos, pero ahora, bruscamente, ante la desazón inexplicable y la rabia creciente que le oprimían el corazón era ya capaz de definir ese sentimiento y asegurar que es asaz poderoso para hacer cometer una barbaridad. Miró a su esposa fugazmente y penetrantemente por el raballo del ojo; fingió indiferencia, mientras se golpeaba las

manos para dominar su inquietud, y dijo:

—Creo que te amaba...

—Así lo ha demostrado siempre.

—¿Y tú, le has querido alguna vez? — añadió, alzando la vista llameante y dejando de respirar.

—Me casé contigo; ¿quieres una frase más elocuente? Pero ha sido muy buen amigo, amable. Hoy mismo no ha cejado hasta dar conmigo; trata una idea estupenda. ¡Cuánto se acuerda de mis gustos y preferencias! Ha venido a invitarme a cenar a su yate.

Tony tenía la voluntad dominada por una idea fija, y respondió:

—Es raro que siendo el amor el único motivo de vuestra amistad se empeñe en seguir conservándola hasta pretender reanudar sus contactos materiales contigo.

Dijo estas palabras con trónica mordacidad. Adrede, o inconscientemente, Laura sonrió y disponiéndose a seguir por el mismo tono de mortificante coquetería, respondió:

—Indudablemente hay en él algo más que simple deseo de reanudar una amistad protocolaria social. Me ha dicho sinceramente que ha venido por su corazón.

—¡Ah, ah! — soltó el teniente como el gruñido ahogado de una pantera a la que un rapaz revol-

tozo molesta en su apacible rumia—. ¿Y tú, qué le has contestado?

—Que hay corazones tontos — concretó, sinceramente, la joven, sonriendo para desvanecer las dudas que se acumulaban en el espíritu del teniente.

Esa sonrisa no era espontánea; Laura preparaba con ella el lubricante que debía introducir la pesada carreta de su capricho en el ánimo de su esposo.

—¿Iremos al yate, Tony?

El humor del joven teniente había dado un vuelco y respondió, secamente, con ademán despectivo:

—No; estoy de servicio.

Laura se tornó livida de indignación. Hacia un instante se había sentado con displicencia, y ahora se alzó vivamente con las fisionomías descompuestas por la ira.

—¿Otra vez de servicio? ¿Quieres matarme de soledad? Me aburro, estoy viendo que no resistiré esto; es ya demasiado...

—Yo me debo a la disciplina y si olvidas esto me veré obligado a recordártelo. Mi uniforme tiene un honor y he de honrarlo hasta la muerte.

—¡Siempre el honor del uniforme! ¿Es que yo no valgo nada, es que no tengo derecho a poseer mi honor, el honor de una recién casada que estriba en tener el respeto y la consideración de su esposo? Tony, nuestra ju-

ventud vale algo más, expíramos aquí de aburrimento; siquiera tuvieses un concepto claro de la vida y procurases arreglar la nuestra con un mínimo de variedad.

Tony se había ido tornando livido y estalló, braceando con exasperación.

—¿Te aburres?

—Sí, me aburro.

—Eso me indica claramente que mi presencia te fastidia... sí, esto es, y acaba de demostrármelo el hecho de tu alegría luminosa después que has visto y hablado a tu ex novio. Y ahora, claro, quieres ir a su yate, quieres, es decir, necesitas bailar con él, retir con él, inasuarate con él...

—Calla, Tony...

No quiero callar, tengo unas ganas irresistibles de decirte hoy lo que me bulle en los sesos, tú eres una muñeca demasiado delicada para mí, eres una porcelana demasiado frágil para las manos rudas de un militar; mis deberes exigen hombría, coraje, heroísmo, presencia de ánimo y mucha elevación de alma y espíritu y tú no tienes nada de todo esto, no, ni eres capaz de tenerlo a fuerza de amor porque ya ni amor hacia mí te está quedando...

Mientras iba hablando, Tony se dirigía hacia la puerta con pasos precipitados dispuesto a marcharse, dejando a su mujercita plantada. Los celos se habían apoderado de él y en aque-

lios instantes mostraba un asco sincero por aquella dualidad sentimental de Laura que se la mostraba versátil e insubstancial como no la había sospechado nunca.

No bien abrió la puerta, Laura pidió, resistiéndose, a pesar de todo, a renunciar a su velada en el yate.

—¿Quieres que vaya esta noche?

—¡Haz lo que quieras!

El teniente puso todo su corrosivo desprecio en estas palabras, y trasponiendo el dintel de la puerta se la puso estrepitosamente a Laura por las narices.

El primer impulso de la joven fué el de precipitarse al ropero, descolgar sus trajes más elegantes, vestirse y correr al yate con Gregory. Le sobaban nervios y orgullo; pero cuando tenía el vestido en la mano la reflexión la detuvo. Como acababa de decir su esposo, era libre de asistir donde le diese la gana, al fin y al cabo, ¿qué?, el marido ordena y la esposa hace lo que le viene en gana, esta es la incontestable verdad de todos los tiempos y de todos los matrimonios, mas ¿no era, en rigor, una befa vil aprovecharse de las ventajas que le proporcionaba su situación de mujer casada que apoya su mollicie y su libertad en el sañuero duro y continuado de su cónyuge para odiciar, por así decirlo, de bacante en una noche en que

éste le gana el pan y la prestancia social en el cumplimiento de un deber erizado de peligros?

Conmovida por recónditas oleadas de su conciencia se disponía a volver a colgar el vestido cuando hirió sus oídos el zumbido ensordecedor de una escuadrilla de aviones que pasaban por encima de la casa. Se tapó las orejas con invencible horror. Siempre este maldito tronar que estremecía los espacios y se le metía por los nervios como un tixón de tortura. Sería la escuadrilla de Tony. Por asociación de ideas recordó sus últimas palabras agrias y orgullosas, sintió nuevamente el aguijón de la vanidad recorrerle las entrañas, recordarle la fortuna de sus tías, el prestigio de su hermosura, la independencia que todo ello le brindaba. ¡Bah!, la autoridad y el respeto hay que imponerlos desde un principio, y ahora estaba en éste; o ahora o nunca. Volvió a descolgar el vestido, acicalóse con orgulloso desenfado y moviendo la cabeza en un gesto de altiva dignidad, como despidiéndose de alguien imaginario allí presente, salió con ruido de sedas y diminuto tacones. Iria al yate y pasaría una noche de fascinación; que volase su maridito cuanto quisiese.

Maldadada fatalidad, cuando justamente la arista de la puerta se ajustaba contra el batidor,

la casa se llenó con el timbre del teléfono. Tony llamaba desde su primera estación. El enamorado muchacho se arrepentía de haber dado pábulo a la violenta escena que le había indisputado con Laura y consumido por la impaciencia aprovechaba la primera parada para comunicarse con ella. Se tenía el discurso preparado, principiaría por expresar, bien sonoro, el chasquido de un beso; luego le repetiría que seguía loco por ella; después, que se echase a dormir pensando mucho en él, que no la olvidaba un segundo, y que cuando estaría de regreso le daría una comunicación irrevocable que la haría saltar de júbilo. Esta comunicación pensaba hacerla Tony en el sentido de jurarle que a la noche siguiente la llevaría a cenar en el Escudo por encima de todo, del Almirante y hasta, si a tal se viese obligado, por sobre del muy alto y principal presidente del Gobierno. Para el caso de salirle nuevamente servicio de patrulla se tenía ya la coartada preparada, diría que se hallaba agonizando; luego, que viniesen cuantos arrestos quisiesen...

Quemándole la lengua todas estas cosas, y más que soltaría en la fogosidad del romántico discurso, temblaba de gozo con el auricular puesto sobre el oído, relampagueantes los ojos, sonriente, aguardando con impa-

ciencia la voz de su idolatrada Laura, preguntando: «¿Quién?»

Pero, esta voz, que habría podido tener para el novel hogar del teniente el valor de una aureolada rama simbólica de definitiva y sólida paz, no llegó a sonar. El run, run gangoso y monótono del timbre que resonaba en vacío por los ámbitos del alambre, fué la única respuesta y la sola nota de vida que acusó el teléfono. Laura se había marchado.

Tony así lo sospechó. Sabía que nada le obligaba a salir aquella tarde. Coigó el auricular con desencanto profundo y triste. ¡Con lo que le sonreía el alma hacía un minuto solamente! Es leve el hombre ante la vida, el soplo de un céfiro puede trocar una felicidad inmensa por un dolor mortal...

Y Laura fuese al yate, cenó con Gregory, habló con Gregory. A la salida, ya bien entrada la noche, consintió en ir al Escudo a tomar un refresco y a bailar. Gregory llevaba magníficamente estudiado todo su plan de ataque, él no había renunciado todavía a Laura y esperaba un divorcio, o qué sé yo, algo que la hiciese suya en este irresistible impulso de que nos lleva el fuego del amor mientras no está satisfecho.

En el Escudo a Laura principió a entrarle un desasosiego que terminó en una verdadera exci-

lución. Sobre todo le hacía brincar los nervios la mirada de algunas damas de la colonia que se hallaban de tertulia allí. Principalmente cuando Gregory le rodeó el talle para bañar los ojos de aquellas señoras adquirieron un fulgor muy suyo de envidia tamiada de escándalo y despidieron un veneno crítico que Laura advinó bien. Sabía que la conocían como esposa del renombrado teniente Ghilerist y tampoco ignoraba que les inspiraba muy escasa simpatía, máximo cuando algunas de ellas a pesar de haber superado con creces la mayoría de edad y hasta la franca decadencia, se conservaban completamente célibes.

—Seamos comedidos —dijo por lo bajo a Gregory—. Hay aquí mucha gente que me conoce y no espera otra cosa que cebarse en mi reputación.

Al finalizar el baile y mientras se encaminaban a su sitio, la inquietud de Laura se le soltó por la lengua con estas contundentes palabras:

—Con esta velada me ha venido por caminos bien claros una lección que no voy a olvidar.

Gregory se estremeció, pues la voz de Laura temblaba ligeramente y tenía un dejo de desprecio glacial.

—Lo presumo —tuvo el valor de adelantarse—. Te estás despidiendo de mí.

—Ni más ni menos —confirmó

Laura, inesperadamente con una sonrisa resuelta—. Es la última vez que nos vemos. Soy una mujer casada y sólo me satisface de verdad un beso de mi teniente recibido en medio de los vahos de una bazofia que mi ignorancia culinaria condimenta mal, pero que él come como si fuese una ambrosia.

Se sonrieron aún; Laura había advertido bruscamente, con intuición que no falta nunca al espíritu femenino, la cienaga que se abría a sus pies y que la aprisionaría al menor paso falso que diese. Había descubierto en los ojos de Gregory algo más que la simple galantería instintiva de un varón hacia la dama. Gregory tenía una tenacidad fatal y la envolvía en miradas ardientes y voluptuosas, en miradas refulgentes de deseo pecador. Gregory no era ya el amigo desinteresado, era un Sileno cazador de Ninfas. Se le representó el drama de su hogar deshecho por los celos... o por alguna realidad trágica consumada en instantes de ceguera. Vió claramente la auténtica verdad del amor de Tony; éste la había visto, le había dicho en palabras llanas que estaba loco por ella y la había desposado. ¡Pura verdad de sus sentimientos!

—Debí irme a casa, al salir del yate —dijo en un escalofrío coajado de reproche.

—No sé que te pasa de repente.

—Que quiero irme en seguida, Gregory. Vamos ya.

—Bueno, mujer, como tú quieras. Aguarda un momento que voy a por el sombrero.

Este insignificante detalle habla de reportar a Laura el drama más hondo de su vida. Levantóse apenas su amigo hubo desaparecido por la puerta del guardarrropa, y, pura de todo contacto ilícito durante toda la velada, como se había mantenido siempre en su vida, experimentó bruscamente una viva repugnancia de rozarse con persona o mueble del café, como despertando de un sueño principiado en lugar de castidad y concluido involuntariamente en un lupanar. Se adosó discretamente y tímidamente tras de una columna de mármol cercana al mostrador.

El Escudo era un establecimiento decente, pero acontecía con frecuencia que, a avanzadas horas de la noche, algún libertino proveniente de quién sabe qué turbios cafetines, entraba para remachar el clavo de su borrachera con algunos tragos fuertes y poder irse, así, en derechura al lecho con el honor de truhán bebido embiesto y victorioso. Quiso, pues, la mala fortuna que aquella noche, y, más concretamente, en aquel instante, hubiese un par de estos noctámbulos de última hora frente al mostrador, es decir de espaldas al mostrador y frente a la joven. Se

trataba, al parecer, de dos calaveras rudos, algo entrados en años, en los cuales el alcohol provocaba una reacción de insolencia y de jurana soez y estrofitosa.

Apenas el más anciano divisó a Laura soltó un hipo de alegrías feroces, y alargando las manos hacia ella la asió groseramente del brazo, barbotando:

—¡Hola, monada! Pues, ¿hábrase visto alguna vez un cielito así...? Y está sola, tú —esto lo dijo a su bebido acompañante, que coreaba su zaño proceder—. ¿Has visto? Eso no puede ser, no señor, no será, mereces una compañía que cuide bien de tí, monísima...

Diciendo y haciendo tiraba de ella con fuerza, y Laura, vencida la primera sorpresa, opuso todas sus energías al barbán, tratando de desasirse de su garfio, que el alcohol tornaba prácticamente férreo.

Armóse un barullo enorme. Los concurrentes al café, enfilaron unánimemente sus miradas llenas de curiosidad hacia el grupo; algunos dibujaron sonrisitas maliciosas, entendiendo que la disputa se efectuaba entre un borracho y una meretriz; otros, los más, mostraron indignación por suponer que aquel desconocido atentaba canallescamente contra el honor de una dama. Esta diversidad de criterios no tendría nada de particular si el

inopinado escándalo no hubiese pasado a mayores, pero con las derivaciones que tuvo es de todo punto conveniente que lo hagamos resaltar.

Cuando la espectación era mayor y el empeño del borracho por llevarse a Laura tocaba a su más desvergonzado colmo, presentóse Gregory. Como es natural, al hallarse con semejante espectáculo tornóse rojo de ira y adiendo al besodo por la pechera ticsa de su camisa de gran sociedad, con la siniestra descargó su puño restante contra su barbilla, haciéndole rodar vergonzosamente por el suelo. Esto fué el botafuego. Los dos partidos que hace un momento hemos visto formarse alrededor de las mesas vinieron a las manos, y en pocas instantes el Escudo dejó de ser tal para convertirse en un campo de batalla. Las respetables damas tuvieron la mala ocurrencia de soltarse por la lengua en esa clase de chillidos de que están tan caracterizadas y el escándalo trascendió con prontitud a la calle.

La policía hizo su aparición a paso de carga, provista de sendas porras. Al verla, Laura, que se había guarecido en un ángulo del mostrador tuvo un estremecimiento. Si por lo menos a Gregory se le hubiese ocurrido escabullirse; pero, no cabía pensar en ello, un agente le asió por el brazo, precisamente, cuando se disponía a descargar por centé-

sima vez su duro puño en la cara del bárbaro ofensor.

—¡Este hombre está borracho y ha ofendido gravemente a esta dama! —gritó nuestro joven—. Exijo que le detenga.

El borracho, sin embargo, estaba por lo visto poco dispuesto a dejarse aprehender impunemente, y ante la indignación de Gregory y Laura saltó con un cisnismo inaudito:

—¡Miente; me ha pegado un puñetazo por intentar proteger a esa señora...

Iba a replicar Laura, que temblaba de pies a cabeza, cuando el agente impuso, inapelablemente:

—Hagan el favor de seguirme a la Comisaría; allí podrán ustedes aclarar sus asuntos.

Y haciendo y diciendo les reunió en grupo, señalándoles la puerta.

Laura quedó aterrada y dirigió una mirada de mudas y angustiada interrogación a Gregory. Este se estremeció.

—Soclégate Laura; esto se arreglará en seguida. Entre este borracho y yo no puede haber equívoco posible. El señor Comisario es hombre inteligente.

Gregory no entendió el pensamiento de Laura, o fingió no entenderlo. Esta sabía claramente que cuantos escándalos se producían en los lugares públicos y eran intervenidos por la policía aparecían reseñados en la Prensa

del día siguiente con los nombres de los respectivos interesados.

¡Qué vergüenza, Dios mío, si tal ocurriese! Ella, la esposa del prestigioso y conocido teniente Ghlierist apareciendo en una gaceta como heroína principal del máximo escándalo de la jornada. Una quemazón angustiosa arruolóte las mejillas, sintió en el pecho una opresión mortal. Gregory tuvo que sostenerla para que no se desplomase al suelo. Luego siguió, anonadada, sin voluntad, como un autómata al que se le ha dotado de esta sola pensamiento: «Mi hogar está deshecho. Tony me matará».

CAPITULO V

El vuelo de la muerte

Y ocurrió lo temido. La policía no se soborna y el respetable nombre de Laura de Ghlierist, no fue bastante para imponerle la menor discreción. Los diarios se cebaron en la fotografía de Laura y en los detalles más nimios del escándalo; no omitieron ni el malicioso detalle de que Laura había sido protegida bizarramente por un no menos bizarro galán, y esto entre el entrefilete mordaz de que era la esposa legítima del copocido teniente Ghlierist y el referido protector no era teniente ni nada que se le pareciese.

Por otro lado, las respetables damas escandalizadas de la colonia que tuvieron el disgusto de hallarse metidas por entre la refriega, cuidaron espléndidamente de completar la información; y a fe que fué un coroplemento muy fácil de imaginar en eficacia, y singularmente, arte en el que eran consumadas maestras, en insinuaciones de un temple terriblemente mordaz.

En fin, fué un escándalo, por decirlo gráficamente, brutal.

La foto de Laura, por desgracia, les había salido a los grabadores maravillosamente clara, y, por al tai al azar se le ocurrió impedir, allá iba su nombre en enormes caracteres que no dejaban lugar a dudas sobre la verdadera personalidad de aquella hermosa mujer que había provocado el escándalo del Escudo.

El revuelo que se armó en los miembros de la colonia fué sensacional. Mas, el que rebasó todos los límites, y esto ya fustigando de pleno el rostro del teniente Ghlierist, fué el que se originó en la Base Naval. Los soldados reconocieron al instante en la fotografía a su esposa, y exultado es decir que principió a saltar de boca en boca la más trufenta y sabrosa de las historias. Ni por asomo debemos imaginarnos que ella se basase en motivos de honestidad, por el contrario, penetraba de lleno en las entendederas de los propicios

aerónautas la idea de que de todo a que el safarrancho intrigante Laura salía con el título de adúltera.

Tony estaba deshonrado.

Los hechos, pues, demostraban que la hostilidad instintiva que todos los miembros de la colonia oponían a la intrusa Laura, estaba bien fundada. Había demostrado ser, en efecto, una mujer cualquiera, indigna de trepar por las alturas en que resplandecía la fama del teniente Ghlierist.

La noticia penetró, como es natural, en el hogar del Almirante y filtrándose por Adela llegó a los oídos de Jack, el cual apresuróse a leer el periódico para convencerse de la veracidad de la catástrofe. Al comprobarlo, quedó anonadado. Su amistad era sincera y pura y experimentó un dolor quizá más vivo que el aquella desgracia le tocara a él personalmente. Observó a los soldados y vió que todos se traían el periódico comentando el acontecimiento.

De pronto, vió a Tony avanzar con su «mono» de servicio. Todos los muchachos se miraron con interrogaciones espectantes. ¿Estaría enterado? Le apreciaban sinceramente y en todos los ojos brillaba un sentimiento de pesadumbre.

Jack le alcanzó. Apenas puso la mirada encima de su amigo, adivinó que por su corazón pasaba una tormenta. ¿A quién podía

centrarse que no estaba enterado de nada? Jack llevaba el diario en la mano.

—He leído eso —dijo tímidamente— No tiene importancia. Tony...

—Déjame en paz — le atajó el teniente con un seco ademán.

Jack se separó de él. Tony lo sabía todo. No había visto todavía a Laura. Al regresar de su servicio nocturno en lugar de encaminarse a su casa, buscó la soledad de su despacho de la Base Naval para dar rienda suelta a su dolor. Estuvo largo tiempo sumergido en cavilaciones trágicas, planeando venganzas terribles. Lloró; su vida estaba destrozada, ¿qué le importaba ya su carrera ni su prestigio? El capricho versátil de una mujercita había dado cuenta de todo en una noche. Y lo peor para la vida de sus sentimientos era que, a pesar de la traición, seguía amando a Laura. Al fin, se había levantado con una resolución suprema: sería delicioso morir ahora; desaparecer de esa charca inmundicia de críticas acerbas, miradas burlescas e ironías encubiertas que le rodearían en adelante por doquier... sí, morir aplastado, regar el campo de aterrizaje con los sesos, estos sesos inútiles que no habían sabido imponer el juleco y la ponderación a la corazonada de casarse con aquella pécora.

Y había sido en este estado de

ánimo que le había hallado Jack. Este se quedó abatido, parado en medio del campo contemplando a su amigo. Repentinamente le pareció observar que Tony se tambaleaba. En el mismo instante vió que ordenaba a un soldado que pudiese en marcha el motor de un aparato de caza, y que se disponía a montar en él. Un presentimiento terrible pasó por el ánimo de Jack. ¿Y si Tony quisiese suicidarse? Presa de brusca desesperación echó a correr hacia él.

—¡Tony, Tony! ¿Adónde vas? Di, apéate, baja...

—No te preocupes, Jack, no pasa pena por mí — le respondió el apesadumbrado teniente sonriendo amargamente tras de su máscara de aviador.

Estas palabras fueron cambiadas nerviosamente y a grandes gritos por vencer el estrépito del motor que ya estaba en marcha.

La calma y la agitación supremas tienen un punto de serenidad común que se confundiría fácilmente si se borrara de la faz humana el ventanal de los ojos, pero existiendo este fenómeno ya no es posible, y Jack descubrió en los de su amigo la chispa del odio, que tanto se diferencia de la beatitud. Ya no tuvo la menor duda de que se proponía cometer algún disparate y trató de montar al avión, mas tuvo que desistirse, el aparato se ponía en mar-

cha, y Tony le cortaba la acción cerrando la carlinga.

Antes de desaparecer completamente, detrás de los cristales, dejó oír aún estas palabras de respuesta a las angustiosas demandas de Jack.

—Voy a hacer una prueba.

Prueba espantosa y escalofriante. Realizola por sobre el campo de la Base Naval. Cinco minutos después todos los muchachos abandonaban sus puestos para contemplarle volar, llenos de admiración y de zozobra.

Tony era un piloto hábil y pronto el avión, en sus manos frenéticas y bajo su voluntad cegada por la desesperación, se convirtió en una máquina diabólica. Quería morir; habría podido lanzarse contra el suelo a voluntad, mas hay que confesarlo, le faltó valor para hacerlo; entonces optó por entregar su vida al azar. Un avión obligado a practicar los movimientos más inverosímiles y forzado a las maniobras más extravagantes puede sufrir una avería en el motor, perder, en fin, la estabilidad y precipitarse al suelo como un meteorito. El cielo se llenó con el roncarse forzado del aparato, los bufidos de brusca aceleración y carrera desenfrenada. Un trapezista loco no habría descrito tan alocinantes piruetas. Volaba cabeza abajo, daba vueltas rápidas y numerosas de campana, saltaba, por decirlo así, en el espacio

como un cuerpo inanimado en tumbos y vuelcos que daban grima, que paralizaban el corazón. A cada instante se creía ver bajar definitivamente para aplastarse contra el campo.

Jack le seguía con la mirada y a cada sacrocacia ladaba el torso maquinalmente siguiendo el curso del vuelo y soltando rugidos y perfilando muecas, como si con ello pudiese paralizar la caída.

En lo más expectante del vuelo llegó Laura en su coche. No sabía quién tripulaba aquel avión diabólico y el espectáculo la pilló de improviso. Consumida por la impaciencia ante la tardanza de Tony en reaparecer por casa, había decidido venir a inquirir sobre él en la Base Naval.

En llegada no bastó a distraer la mirada de todos los muchachos del avión del teniente Ghilerist, y esto la intrigó hasta el punto de concebir un vago presentimiento. Acercóse a un grupo de muchachos con la vista puesta sobre el aparato. La providencia puso en boca de ellos este breve y nervioso diálogo:

—¿Quién es aquél que vuela?

—El teniente Ghilerist.

—¿Querrá matarse?

—Eso estoy pensando. Lo de su mujer le habrá trastornado.

Laura se tornó livida y hurtóse apresuradamente a la mirada de los soldados, metiéndose en su coche. Tony estaba enterado

de todo. Sintió una vergüenza honda y torturadora, un dolor profundo que le desgarraba las entrañas. Bruscamente, como despertando de una hipnosis, olvidóse de sí misma para imaginarse todo lo que estaba ocurriendo en el alma de su amado esposo.

Enderezóse a toda marcha hacia su casa y precipitándose al teléfono comunicó con la Base Naval. No habría tenido el valor de mirar frente a frente a nadie con sus ojos que nada tenían que esconder a la virtud, pero que, con su llamarada frívola, habían destrozado la vida de aquel bravo militar que buscaba a matarse. Salió al aparato Jack. Torturada por su conciencia sentía necesidad de contar a su esposo la pura verdad de lo acaecido, que se limitaba al escándalo, quería confesarle que su fidelidad había quedado incólume y todavía mucho más su amor hacia él.

—¿Quién está al aparato? — inquirió

—El teniente Jack.

—Oiga, Jack, por favor dígame usted, ¿no podría comunicarme con Tony?

—No sufra ya usted por él; ha sterrixado sin novedad. Pida a Dios que su amor por usted no le induzca a cometer una locura peor que la que acaba de concluir con relativa felicidad.

—Pero, ¿ahora?

—Ni ahora — contestó Jack, secamente.

Y cogió el auricular para no oír más palabra suya.

Laura se dejó caer en el diván y ocultando el rostro en sus manos sintió la amargura que la torturaba en un copioso y ardiente llanto.

De repente, abrióse la puerta y apareció en su marco como un fantasma del dolor su vecino Matilde. Apenas Laura se alzó para ir a recibirla, se echó sobre sus brazos tratando de hurtar su semblante de los ojos de la joven con el fin de que no descubriese las lágrimas que lo surcaban con abundancia.

—Pareces trastornada — exclamó Laura con afectuosa sollicitud.

Al fin, Matilde se soltó.

—Mañana nos marchamos de la isla, Laura: es decir nos echan. Mi marido quedará a media paga y quedamos completamente desacreditados. Todo por mi frivolidad; no supe adaptarme, no quise amoldarme... he destrozado su carrera y con ella mi propia vida... Y lo más gracioso es que ahora siento irme... Tú también te fuiste, fotografiada en primera plana...

Laura creyó volverse loca. Cuando Matilde se hubo marchado cayó presa de un desasosiego mortal. Echó de ver la condenable tontería de su vida jugando caprichosamente con el porvenir de Tony, cuyo esplendor garan-

zaba su propia felicidad. Reprochóse sus actos con furioso desprecio de sí misma y se revolvió por el lecho convulsivamente, derramando lágrimas ardientes de arrepentimiento. No tenía el menor derecho a aspirar a una felicidad porque había hecho todo lo posible por interceptar los caminos que conducían a ella; tenía el deber de sacrificarse, de arrostrar el dolor y la desdicha completamente sola sin arrastrar a ella, la vida prometedora de Tony. Viviría el resto de su existencia consumiéndose en la soledad y en la penitencia para expiar sus desgraciados y trágicos errores. Levantóse vivamente y vino al encuentro de Adela. Acababa de tomar una dentación herética.

La hija del Almirante la recibió con una frialdad que la estremeció; pero Laura había adquirido en un día más humildad que en todos los años sumados de su vida.

—Si se tratase de algo referente a mí no me tomaría la libertad de venir a importunarla — le dijo, tratando de aparecer serena—. Pero, es de la vida de Tony de lo que he venido a hablar... yo sé que usted le ama; todavía puede conquistar usted su dicha y salvar el honor de él. Yo lo he destrozado todo y no puedo volver a su lado; he decidido irme con otro y dejarle libre la vida.

Adela no pudo disimular su

emoción, pero esforzose por seguir indiferente y fría, y contestó secamente:

—Lo celebro.

Laura se estrujaba las manos para someter los impulsos de su dolor que pugnaba por ahogarle la voz y traccionar sus sentimientos. Aguardó un instante con la esperanza de que saliese de los labios de Adela alguna palabra de consuelo, siquiera fuese para afectar que creía en la sinceridad de su decisión y que lamentaba la ligereza de su casamiento, pero la hija del Almirante no despegó los labios y siguió guardando su actitud hostil y pronta a dar por terminada la entrevista. No saldría el menor suspiro de aquel corazón saturado de despecho. Así lo comprendió Laura, y haciendo un heroico esfuerzo para dominarse terminó:

—Confío en que usted comunicará a Tony mi resolución.

—Lo haré.

—Añada usted que lo hago por su bien...

Dichas estas palabras, Laura desapareció apresurada mente para no tener que soltar las lágrimas delante de la hija del Almirante. Salíó con el corazón destrozado, y vagó largamente por el campo con los ojos arrasados. Su heroica y estoica decisión era irrevocable. Antes había enterado de ella a Gregory, con el que se proponía marchar. Todo estaba convenido y cuando

el perseverante galán vió a Laura ante sí con sus bandás, ciego de alegría, mandó aparejar inmediatamente el yate. Una hora después éste levaba anclas, haciéndose a la mar.

Mientras tanto el prestigio de Tony en el concepto de sus jefes había entrado en una crisis delicada. El jefe de la aviación le había relevado del mando de su escuadrilla en la última operación; se consideraba ya indigno de la confianza de la superioridad. Pero el enamorado teniente prestaba poca atención a esta sensible y peligrosa baja de sus valores personales, su única obsesión era Laura; sin haberla oído, y desconociendo los pormenores de su vergonzante aventura, su conciencia se inclinaba por una ley superior, a perdonarla. La amaba, la idolatraba, estaba ciego de amor por ella, no podía dominarlo, ni lo quería.

—Ha estado aquí —le decía Jack que, por su nobleza, no podía traicionar los espontáneos sentimientos de su más querido amigo—, luego me pidió comunicarse contigo...

—Ella sufre, lo sé; me ama, me amará siempre —gimió Tony, escondiendo el rostro congestionado por el dolor.

—Pero, tú, ¿qué haces? Si verdaderamente crees en su honra todavía, ¿por qué no moverte algo, atraerla, en fin, y concluir este calvario oyendo la verdad

sincera, por cruda que fuese, de sus propios labios? Debias haberle telefonado, si no tenias el valor de mirarla a los ojos: ahora, después de saberle llegado y no verte aparecer por casa, ha supuesto, con razón, que la excusas y estás dispuesto a abandonarla.

Cuando más le tenia el alma conmovida con sus palabras el sincero Jack, acercóse Adela y con aire gravísimo y misterioso llamó aparte a Tony, enterándole sin tapujos de lo que Laura le acababa de decir.

Al oír que su esposa le abandonaba para entregarse en brazos de otro, el desdichado temiente experimentó una congoja mortal, un frío sudor le bañó la frente y en un acceso de desesperación asió el brazo de Adela pidiendo con voz ronca y temblorosa:

—¿Quién es él? ¿Gregory?

—Creo que sí.

Tony agachó la cabeza con profunda pesadumbre. Era, pues, verdad que Laura amaba a Gregory, de otro modo, si la vergüenza la hubiese inducido a marcharse lo habria hecho sola; pero, no, se iba con aquél, con su antiguo galanteador... y él todavía amaba a Laura, la quería con una fuerza irresistible superior a su voluntad.

—¿Ha partido ya? — inquirió bruscamente, levantando la ca-

beza como iluminado por una decisión sublime.

—Creo que sí, pues de todo esto hace ya más de una hora.

Tony sabia que Gregory habia llegado a la isla en su yate; no debia, pues, suponer otra cosa más que se llevaba a Laura en él. Conocía la ruta, le entró un deseo irresistible de ver por última vez a su esposa idólatrada, de testimoniarle su inmortal amor y darle prenda de que nunca, ni en el pecado, si lo habia, dejó de amarla. Si iría a despedir a Laura en la propia cubierta del yate, en plena mar, en los mismos brazos de su amante, si ella era capaz de cometer la infidelidad de entregarse.

Esparció una mirada a su alrededor, nerviosa, rápida: anocheaba, una niebla densa y húmeda encapotaba el cielo privando de ver los cuerpos a escasa distancia. Tiempo péstimo y sumamente peligroso para navegar por el aire. Sin embargo, a él debió parecerle excelente, o no debió parecerle nada, pues su vida maldito ya lo que le importaba. Sin pronunciar una sola palabra se abalanzó sobre el primer aparato que le salió al paso y puso en marcha el motor.

—¿Adónde va, insensato? — preguntóle Jack, alarmado.

—A despedir a Laura — contestó el desgraciado muchacho.

Y despegó, perdiéndose rápidamente entre la bruma en la dirección de la mar. En ese mismo instante uno de los mecánicos salió del hangar y dando muestras de extraordinaria agitación, preguntó a gritos a Jack:

—¿Quién es ese que se va?

—El teniente Ghilerist — respondió Jack, palideciendo.

—¡Maldita su sombra perra! — replicó el soldado, golpeándose la cabeza con desesperación—. ¡No lleva esencia más que para cinco minutos!

El hijo del Almirante se precipitó como un loco a la cabina de mando, y apoderándose del aparato de radio lanzó a Tony las más desesperadas llamadas.

—¡Tony, por Dios, regresa inmediatamente... soy yo, Jack, tu amigo! Sólo llevas en el depósito esencia para unos minutos... Avión C-52, contesta, aquí la Base Naval...

Nada, el teniente no contestó. No oía nada, no quería oír. No se había colocado el receptor. ¿Para qué lo quería? Su voluntad estaba toda concentrada en el cuéntakilómetros, picaba al máximo hasta destrozarse la manivela de los gases; el nivel de la esencia no le importaba. Avanzaba como un alucinado a baja altura con la vista fija en la mar. Conocía la ruta y no podía tardar en alcanzar el yate...

De pronto, ahogó un grito de

siegría y de dolor. Por entre la bruma, allá abajo, apareció un barquichuelo con las luces encendidas. Era, en efecto, el yate de Gregory.

En aquel momento la pareja se hallaba en la cubierta. El galán, que tan deseoso estaba de vivir un puro madrigal nocturno respirando el aliento vencido de Laura, le susurraba las frases más rondidas. La joven no podía sentir, en sus pupilas había el reflejo de una afluencia triste que no moriría jamás. Ella amaba a Tony, amaría siempre a su bizarro teniente Tony...

—Nos casaremos y te llevaré en infinita luna de miel por todas las capitales de Europa; serás feliz.

—¡Qué optimista eres, Gregory! — dijo Laura con una sonrisa sombría.

El ruido del avión no tardó en llegar a sus oídos. Sería difícil poder describir la extraña mezcla de sentimientos de júbilo, desencanto y esperanza que chispearon en los ojos de Laura.

—¡Es Tony! — exclamó, vueltos los ojos hacia el cielo. Juntó las manos en ruego místico y repitió como en una oración—. ¡Es mi Tony, Dios mío! Viene a despedirse.

El teniente bajó como una flecha hacia la embarcación rozando la borda para acercarse en lo posible a su amada, que ya

no veía más, y sacó el brazo al exterior agitando un pañuelo. Remontó el cielo con potente roncar de sus motores y volvió a bajar, repitiendo el mismo. Laura correspondió con una angustia honda en el corazón, fijos los ojos en el aparato, que principió a alejarse, perdiéndose en la niebla con pena.

No había desaparecido aún totalmente de su vista cuando a Laura le pareció que el ruido del motor decrecía hasta tornarse un zumbido sordo que acabó, también, por extinguirse.

El aparato acababa de consumir las últimas gotas de esencia. Tony, al ver que el motor se le paraba inesperadamente, consultó el nivel de esencia. Entonces vio la ligereza que había cometido al elevarse con aquel aparato sin antes asegurarse de sus provisiones. Pero ya era demasiado tarde para pensar en rectificarse. El avión principió a bajar con una rapidez vertiginosa. En vano trataba nuestro héroe de penetrar la niebla que le cerraba la visual. ¿En dónde caería?, ¿se hallaba ya sobre tierra firme o bien sobre la mar? De pronto, apareció ante sus ojos avizorantes una muralla de hierro, una red de vigas que sostenía una vía de carga extendida en largo brazo sobre la mar. Surgió de improviso como una reja fantasma nacida en la mé-

dula misma de la niebla. Tony se tapó los ojos horrorizado; no era posible la menor maniobra para escapar. El avión dio violentamente con una aia contra los travesaños de hierro partiéndose por el medio, con un crujimiento escalofriante.

Aquel puente pertenecía a la Base Naval. Sonaron las sirenas de las ambulancias. El aparato de radio, que Jack no había abandonado un segundo, acusó con su ruido sordo la espantosa catástrofe.

Laura, desde la cubierta del yate, había presenciado el accidente. Por una providencia milagrosa el cielo presentó un raso de niebla y pudo ver al avión estrellarse contra el puente de hierro a través de una ligerísima cortina propicia a aumentar las proporciones de la catástrofe.

Ya le fué imposible proseguir el viaje. Ordenó a Gregory volver atrás y con la sobra mortal en el corazón, corrió al hospital de la Base. Jack la recibió. La mirada de Laura valió por todas las interrogaciones de la suprema angustia.

—Vive — respondió el fiel amigo, no pudiendo disimular su alegría por la vuelta de la joven.

—¿Puedo verte?

—No.

—¿Y ahora, qué? — preguntó Laura, con el alma puesta en los ojos.

—Eso lo decidirá el Consejo de guerra que le espera.

Jack no se equivocó. Algunos días después, cuando Tony había sanado de sus heridas más graves y sólo llevaba un brazo en cabestrillo tuvo que asistir a su Consejo de guerra. El Almirante formaba parte del mismo y todos los jefes que le rodeaban dejaban traslucir el pesar que les producía tener que jugar a aquel arrogante aeronauta, gloria y honra del arma.

Se acusó al teniente Ghilchrist de malversar los efectos de la Nación para su uso particular. Al preguntarle si tenía algo que oponer a los cargos que se le imputaban contestó seca y decididamente:

—Nada.

¿La prisión? ¿el cadalso? Todo esto le era indiferente ante la idea de tener que vivir sin Laura. Ella se hallaría ya a algunas docenas de millas de Hawai en brazos de otro...

Jack, que se sentaba a su lado, le instó a que se defendiese, mas todo resultó inútil. El noble amigo había hablado con Laura y sabía por ella misma que no volvería jamás al lado de Gregory, sólo aguardaba la total curación de su amado esposo para regresar sola al continente y expiar sus pecados.

De repente, la puerta de la sala en que tenía lugar el Consejo se

abrió para dar paso a una mujer, pálida y hermosa. Era Laura. Tony creyó desfallecer de alegría. Los remordimientos habían hecho presa en la conciencia de la joven y venía decidida a probar la inocencia de su esposo. Antes que irse necesitaba salvarle.

—Señores —dijo, conmovida y sollozante—. Es preciso que antes de condenar al teniente Ghilchrist escuchen ustedes mi confesión. El único culpable de cuanto haya podido cometer de impropio soy yo.

El presidente, con la anuencia de la sala, accedió y entonces Laura contó, punto por punto, cuanto había ido sucediendo en el curso del breve tiempo que llevaba de matrimonio con Tony. Sus veleidades de niña mimada, el trastorno que esto ocasionó en el ánimo del aviador, sus imposiciones y desprecios de la disciplina, sus coqueterías con su antiguo galanteador y, finalmente, la escena vergonzosa que, sin que hubiese dado el traste con su honra, trascendió al público por mediación de los diarios trastornando toda la vida moral de su esposo.

Hecho su relato abandonó la sala a invitación del presidente. Tony había estado escuchándola embelesado a punto de reventar de ganas de saltar sobre ella y comérsela a besos.

—El teniente Ghilchrist puede

retirarse —ordenó el presidente—. La sala tiene que deliberar.

Salió Tony roído por la impaciencia, quedándose en el vestíbulo para aguardar la comunicación de la pena. No tardó en aparecer el Almirante. Venía con cara risueña; él no podía disimular el gran afecto que sentía por el teniente.

—¿Qué tal está eso, mi Almirante? — le preguntó el joven ansioso.

—Va bien, muchacho; no te preocupes. Cuando yo tenía tu edad pasé también por un caso semejante. Todos hemos sido algo locos, tenemos que haberlo sido. La vida principia siempre por explosiones... en fin, tú ya recuerdas las lecciones de Historia Natural y no voy a darte la lata. Bueno, queda con Dios y a ver si resuelves eso.

—¿Puedo salir? — preguntó Tony en un salto de júbilo.

—Naturalmente que sí, hombre.

Nuestro joven se precipitó a la salida. Había allí el conserje.

—¡Eh!, usted pronto, ¿Adónde ha ido mi esposa?

—¿Esa señora que hace un momento ha estado aquí?

—Eso es.

—Pues ha dicho que se dirige al muelle para embarcar en el vapor «Queen».

—¿Qué ha dicho usted?

Tony se tornó lívido. ¡Si por

asunto de minutos vería esfumarse su felicidad? Era necesario que corriese al muelle y arrebatase a Laura de la cubierta de aquel maldito transatlántico que en tal mal hora se le autojaba zarpar para el Continente. Voló allá. ¡Oh!, dicha, el barco se hallaba aún anclado; rebosaba de pasajeros y terminaba sus preparativos de marcha.

Ciego, rojo de nerviosidad y con el alma pendiente de un hilo milagroso se precipitó a cubierta. Quería estrujar contra su corazón a Laura y jurarle que no había dejado de amarla un solo instante. Atropelló a cuantos se le ponían por delante, que eran legion, y abalanzándose a la oficina de registro de pasajeros preguntó, jadeante:

—¡Vea usted, en seguida, por favor, el número del camarote que ocupa la señora Laura de Ghilicrist!

El empleado ojeó con prisa el libro.

—Pues, señor teniente, hace un momento que un oficial naval ha cancelado su pasaje.

¡Santísima!, alguien había suspendido el viaje de Laura, y ésta no estaba ya en el buque. Tony brincó y se precipitó por la pasarela. ¡Atina, señor!, aquella había sido levantada, el pasaje estaba completo y el buque ya levaba anclas; se había ya separado del muelle un par de brazas.

Pues, queriendo evitar que partiese su esposa, ¿se veía el embarcado en ruta al Continente?

Sería difícil expresar si nuestro héroe conservaba todavía su cabal juicio, o bien si aquel golpe extravagante de la fortuna le había vuelto ya completa y rematadamente loco. Con los ojos fuera de las órbitas se abalanzó a la borda escrutando la apiñada multitud que llenaba el muelle y que, agitando cientos de pañuelos, despedía a los que partían, con la furiosa esperanza de descubrir entre ella a su adorada. Un griterío ensordecedor lo llenaba todo.

De pronto, dejó escapar una exclamación semejante a un rugido. Allí, entre los palitroques que contenían a la multitud, acababa de descubrir a Laura y a Jack.

—¡Eh! ¡Laura, Jack, Jack amigo de mi alma! — gritó hasta enronquecer.

Después de estar desgañándose algunos momentos Laura y Jack le descubrieron.

—Pero, ¿qué tontería has cometido, valiente pepino? — gritóle Jack.

Laura temblaba de emoción. Jack era quien había anulado su pasaje, persuadiéndola a quedarse; le decía el corazón que aquel par de corazones amantes habían nacido justamente el uno para

el otro y los quería volver a unir.

—Bueno. ¿Y ahora cómo hago yo para ir otra vez ahí? — se desgañaba nuestro héroe contemplando cómo el barco iba separándose lentamente, pero progresivamente del muelle.

Jack tuvo una idea salvadora. Acababa de ver la escotilla de la cocina del buque abierta. Era ésta una ancha abertura situada en el costado de babor que, por milagrosa lucidez del desconocido ingeniero que construyera la nave, o de quien edificara el muelle, paraba por el mismo nivel de ésta.

—¡Por ahí, por ahí bajo! — principió a gritar Jack, al tiempo que señalaba la abertura.

Costóle algún trabajo a Tony interpretarle. Al fin, vió la abertura. Se lanzó por la escalera y apartando al cocinero a codazos tomó empuje y saltó. Rodó por el suelo del costado del brazo sano. Un poco más y cae al mar.

Laura había asaltado la empalizada que cortaba el acceso al muelle.

—¡Amor mío!

—¡Laura!

No tuvieron necesidad de ninguna explicación. Se amaban, esto era todo; sus vidas habían de discurrir aparejadas a perpetuidad. Se echaron uno en brazos del otro y la algarabía emocionante del gentío que despedía a sus deudos, entre los que quizá se escondían

da anónimamente algún drama desgarrador semejante al suyo, impidió que se percibiesen los latidos jubilosos que llenaban el pecho de los dos jóvenes esposos que habían regresado por los senderos de su felicidad.

Jack Horaba de alegría.

La primera y última nube que oscureciera la dicha del hogar de Tony y Laura se esfumaba con el

calor de ese beso que se dieron, el primero que sellaban sin cerrar los ojos. El amor había dejado de ser ciego para mirar la larga y laboriosa senda que ambos debían seguir en la lucha por la vida, enlazados, sorteando las angosturas y los abrojos con heroísmo, con sacrificio y con reciproca tolerancia, amparándose mutuamente hasta morir.

F I N

Quinta Edición

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 15A

BARCELONA

VDA. DE BLANCA + BARCELONA

Precio: 2 ptas.